

## La descomposición del marxismo

Georges Sorel

### Prefacio del autor

Durante mucho tiempo los escritores socialistas creyeron que Marx había creado un cuerpo de doctrinas por las que se podía alcanzar un resultado triple: demostrar que los ataques dirigidos contra el capitalismo por las clases obreras son consecuencias irrefutables de un análisis científico de la producción; basar en la filosofía la esperanza en una revolución muy cercana, que iba a reemplazar al capitalismo por el comunismo; y encontrar, en una novedosa investigación de la historia, las reglas capaces de dirigir de manera segura la política de los partidos revolucionarios. En Alemania el sistema marxista era visto como estando por encima de toda crítica; el orgullo de sus partidarios estaba justificado, en cierta medida, por la pobreza de los argumentos que los profesores de las universidades alemanas le habían opuesto al marxismo.

En un libro publicado en 1886, y que de acuerdo a Charles Andler fue "autoridad en la ciencia",<sup>14</sup> un famoso profesor de Viena les reprochaba a Marx y a Engels no haber descrito el mundo que aspiraban ver realizado. Decía: "Considero que la exposición de un estado social perfecto no sólo es algo *completamente científico*, sino hasta indispensable, si queremos que el movimiento socialista alcance sus objetivos, aunque sea sólo en parte".<sup>15</sup> Es evidente que en Austria todavía se entiende el término *científico* en un sentido arcaico, que ya no se le conoce en Francia. No existe ningún medio de producir semejante cuadro del futuro sin caer en fantasías, o incluso en el absurdo.

Agregaba: "Por más exacta que sea, ninguna crítica de las instituciones existentes está *justificada*, en la medida en que no se haya mostrado lo suficiente la posibilidad de un estado mejor... Las naciones nunca se decidirán a una experiencia social profunda si antes no se construye una teoría del derecho público socialista, de acuerdo a datos conformes con la experiencia".<sup>16</sup> ¿Es que acaso el autor toma a los socialistas por estudiantes a los que tiene que tomarles examen? Sin esperar su permiso, las clases obreras entraron en lucha contra las instituciones existentes; no las critican, sino que las asedian. Las clases propietarias se hacen fabricar por sus publicistas teorías del derecho público destinadas a disculpar sus capitalizaciones. Estos publicistas de la derrota burguesa son los que transforman una guerra muy real en una discusión ideológica, de la que no se preocupan en absoluto los intérpretes serios del movimiento proletario.

<sup>14</sup> Anton Menger, *Le droit au produit intégral du travail*, traducción francesa, p. I [El derecho al producto íntegro del trabajo en su desarrollo histórico, Buenos Aires, Americalee, 1944].

<sup>15</sup> Menger, *op. cit.*, p. 150.

<sup>16</sup> Menger, *op. cit.*, p. 157.

Los marxistas han llevado su maldad hasta el punto de no tener en cuenta los principios considerados esenciales para cualquier socialismo por Anton Menger, quien no puede terminar de resolver "si la base de la organización jurídica futura estará formada por el derecho al producto integral del trabajo o el derecho a la existencia" de acuerdo a su doctrina.<sup>17</sup> En 1886 todavía no se conocía la carta de Marx sobre el Programa de Gotha; si nuestro autor hubiera podido sospechar que, de acuerdo a Marx, después de la revolución social los salarios se deberían regular siguiendo principios tomados del régimen capitalista, lo hubiera borrado de la lista de autores socialistas. En efecto, no se podría ser socialista si se formulan opiniones que no entren en las clasificaciones establecidas por un profesor tan notable como Anton Menger.

Debido a su gusto por las investigaciones bibliográficas, los profesores alemanes se ocuparon mucho por investigar las fuentes de las que podrían haber abrevado Marx y Engels. Como Engels había afirmado que su amigo había renovado el socialismo introduciéndole la teoría del plusvalor y la concepción materialista de la historia,<sup>18</sup> Menger se esfuerza por establecer que Engels estaba mal documentado sobre los antiguos escritores socialistas,<sup>19</sup> que William Thompson es el verdadero inventor de la plusvalía<sup>20</sup> y que es preciso ser "ignorante o charlatán" para atribuirle a Marx una doctrina que tomó de predecesores que a veces lo superaron "en profundidad y penetración".<sup>21</sup> Todos sabemos hasta qué punto las discusiones relativas a las prioridades científicas engendran polémicas violentas, y qué poco permiten aclarar los principios.

La esterilidad de la crítica alemana fue constatada por un autor lleno de tacto y delicadeza, Benedetto Croce, quien felicita a Werner Sombart por haber roto en 1894 con los usos de sus colegas universitarios y haber buscado verdaderamente penetrar en el pensamiento íntimo de Marx.<sup>22</sup>

Hay que reconocer que el sistema de Marx presenta dificultades considerables para la crítica, dado que el autor nunca ofreció una exposición didáctica. Benedetto Croce dice que **El Capital** es "una mezcla extraña de teorías generales, polémicas y sátiras amargas, ilustraciones y digresiones históricas".<sup>23</sup> Hay que tratar de descubrir el pensamiento del autor, y ese trabajo no deja de ofrecer múltiples causas para el error. A menudo se le ha dado demasiada importancia a reflexiones breves que surgen en medio de relatos, las que "tomadas rigurosamente son inexactas, y que nos parecen (y en efecto, lo son) cargadas y repletas de verdades".<sup>24</sup> Hay que hacer un verdadero trabajo de interpretación cuando las fórmulas de Marx son presentadas bajo una forma satírica, como

<sup>17</sup> Menger, *op. cit.*, p. 144 et pp. 147-148.

<sup>18</sup> Menger, *op. cit.*, pp. 113 y 138. Menger no busca las fuentes de la concepción materialista de la historia, que le parece falsa (p. 170), pero que conoce muy mal.

<sup>19</sup> Menger, *op. cit.*, p. 74 y p. 133.

<sup>20</sup> Menger, *op. cit.*, p. 78, p. 114, pp. 137-138.

<sup>21</sup> Menger, *op. cit.*, p. 3.

<sup>22</sup> Benedetto Croce, *Matérialisme historique et économie marxiste*, trad. francesa, p. 99 [Materialismo histórico y economía marxista, Buenos Aires, Imán, 1942].

<sup>23</sup> Croce, *op. cit.*, p. 94, cf. pp. 129-132.

<sup>24</sup> Croce, *op. cit.*, p. 130.



a veces ocurre. Por último, encontramos aquí y allá grandes imágenes cuyo sentido se les parece haber escapado hace tiempo a los marxistas, y que sólo hoy adquieren todo su valor, luego de que el sindicalismo revolucionario nos muestra de modo tan claro lo que es la lucha de clases.

La actitud de los discípulos de Marx contribuyó mucho a hacer estéril toda crítica; es que, en efecto, la crítica se ejerce normalmente sobre los desarrollos que produce una escuela a partir de la doctrina de un maestro, y no tanto sobre la misma doctrina. Pero ocurre que los marxistas, en lugar de desarrollar la obra magistral, se entregaron a fantasías tan numerosas que las personas serias generalmente no los consideraron como intérpretes autorizados de Marx. Por lo tanto, éste permaneció aislado.

Por ejemplo, a nadie se le ocurrió creer que el materialismo histórico pudiera consistir en las paradojas, extravagancias o ingenuidades que escribió Paul Lafargue sobre los orígenes del derecho, la moral o las religiones.<sup>25</sup> A Marx nunca se le hubiera ocurrido que “el panteísmo y la transmigración de las almas de la Cábala son expresiones metafísicas del valor de las mercancías y de su intercambio”.<sup>26</sup> Asombrado ante el escaso impacto que tuvieron sus descubrimientos, Lafargue declaró que, debido a la ignorancia y los prejuicios de los historiadores burgueses, los socialistas tienen el “monopolio” del materialismo histórico.<sup>27</sup> Kautsky publicó en la revista oficial de la socialdemocracia alemana casi todas las gracias que Lafargue presentó como aplicaciones del marxismo, otorgándoles de este modo una verdadera aprobación, lo que contribuyó bastante a que se viera a la escuela marxista como ridícula.

Al constatar que las personas competentes separaban tan completamente a Marx de sus discípulos, éstos se vieron llevados a suponer que su maestro debía ocupar un lugar totalmente extraordinario en la historia del pensamiento humano. Se lo veía, por ejemplo, como la única persona con méritos para ocupar el lugar abandonado por Hegel<sup>28</sup> como árbitro soberano de la filosofía. Así escribió Charles Bonnier, en 1895: “Un reproche que se les hace con frecuencia a los socialistas es que ni Marx ni **El Capital** encontraron todavía su sucesor. Esto sólo prueba la incapacidad de nuestra época por comprender tanto la historia de la filosofía como la filosofía de la historia. Así como Hegel no encontró

sucesor hasta mediados de este siglo, los sucesores de Marx no aparecerán más que cuando haya terminado el período del capitalismo”.<sup>29</sup> Mientras tanto, había que resignarse a la esterilidad de la escuela marxista. Todavía más curiosa es esta frase de Lafargue: “Es arriesgado tocar la obra [de Marx y Engels], de esos dos gigantes del pensamiento, aun para ponerla fuera de discusión; hasta la transformación de la sociedad capitalista, los socialistas de ambos mundos no podrán más que *vulgarizar* sus teorías económicas e históricas”.<sup>30</sup>

Estos sentimientos de humildad religiosa que expresaba tan inocentemente Lafargue parecen haber existido entre un gran número de marxistas, y haberles impedido seguir los excelentes consejos que les proponía Benedetto Croce en 1897: “Liberar al pensamiento de Marx de la forma literaria que éste le dio, estudiar de nuevo y por completo las cuestiones que se planteó, dárles fórmulas nuevas y más precisas, nuevos desarrollos y nuevas ilustraciones históricas”. Para cumplir este programa,<sup>31</sup> hubiera sido necesaria una gran independencia de espíritu; los marxistas preferían hacer resúmenes, que a Croce le parecían más oscuros que el texto del maestro. En una parte muy grande de la literatura marxista se puede apreciar un esfuerzo constante por reproducir las frases de **El Capital**, de suerte que a veces se creería que estos autores están más familiarizados con los mecanismos de composición de quienes se dedican a la liturgia que con los modernos métodos científicos.

Así, la escuela marxista se caracterizaba por fantasías visiblemente extrañas al sistema de Marx y por un inmovilismo cercano a la servidumbre. La doctrina podía por lo tanto parecer intacta en medio de la debacle universal, porque la vida se retiraba cada vez más de ella. Hace diez años se hubiera podido comparar al marxismo con un árbol muy viejo, cuya corteza endurecida encierra un corazón carcomido. Fue entonces que Charles Andler anunció que había llegado el momento de escribir la historia de la descomposición del marxismo; pero Bernstein acababa de realizar audaces intentos para devolverle vida al árbol, cuyo fin no era tan próximo como pensaba el profesor de francés.

Marx había escrito **El Capital** a través de observaciones hechas sobre Inglaterra, pero durante los treinta años que siguieron a su publicación se habían producido muchos cambios importantes en la industria, la vida y la política inglesas. El mejor medio que se podía emplear para rejuvenecer al marxismo parecía ser retomar las investigaciones en el punto donde las había dejado el maestro, y completar a **El Capital** en razón del desarrollo de las clases obreras en Inglaterra. En el prefacio de su libro Marx les había dicho a los alemanes que debían ir a buscar en la patria del capitalismo las tendencias fundamentales que caracterizan al régimen moderno; había escrito esta frase, al mismo tiempo vaga y paradójica, que tantas veces se reprodujo como una ley histórica de alcance maravilloso: “El país más desarrollado industrial-

<sup>25</sup> Creo que la obra maestra de este género es el artículo sobre el *mito de la inmaculada concepción* incluido en **Le Devenir social** de mayo de 1896. El autor, por otro lado, no habla de la inmaculada concepción de la Virgen, exenta del pecado original, sino del nacimiento virginal de Cristo. En las últimas líneas nos enseña que en un Concilio “por la mayoría de un voto, la Iglesia cristiana, fundada sobre el antiguo mito femenino de la inmaculada concepción, decidió que la mujer tenía un alma, al igual que el hombre”. Evidentemente, Lafargue posee una selección especial de los concilios.

<sup>26</sup> **Devenir social**, agosto 1895, p. 477. Benedetto Croce recogió muchas de las metidas de pata que cometió Paul Lafargue en el artículo sobre Campanella, del cual tomó este lindo hallazgo. Se podría agregar esta: el autor toma a la palabra *Sefirot* por un término masculino singular, cuando es femenino y plural.

<sup>27</sup> P. Lafargue, **La méthode historique de Karl Marx**, p. 4. Véanse, en una nota en la p. 14, entretenidas reflexiones sobre “las zorras metafísicas y éticas, la Justicia, la Libertad y la Patria, que hacen la calle en los discursos académicos y parlamentarios, los programas electorales y los reclamos mercantilistas”.

<sup>28</sup> Sobre las analogías todavía mal determinadas entre Marx y Hegel, cf. Benedetto Croce, *op. cit.*, pp. 133-136.

<sup>29</sup> **Devenir social**, julio 1895, p. 370.

<sup>30</sup> **Devenir social**, abril 1897, p. 290.

<sup>31</sup> Croce, *op. cit.*, p. 114.

mente les muestra a los que lo siguen en la escala industrial la imagen de su propio futuro”.

El fenómeno que más impresiona al observador de la Inglaterra contemporánea es, evidentemente, el *tradeunionismo*. Cuando Bernstein consideraba esta forma de organización sindical como destinada a imponerse en todos los países que marchan en la vía del capitalismo, creía ser fiel a los principios más indiscutidos de Marx. Pero los representantes oficiales de la escuela no admitían que se pudiera ser tan audaz como para reconocer, gracias a principios que declaraban sagrados, hechos contrarios a la tesis de la lucha de clases. El *tradeunionismo* tiene por objeto regular amistosamente los conflictos que se producen entre patronos y trabajadores; si se generaliza, se hace imposible afirmar que el mecanismo de producción capitalista agrava los conflictos industriales hasta llegar a transformarlos en lucha de clases. Los viejos amigos de Bernstein, que no se podían explicar cómo éste pudo dedicarse a observar la obra de su maestro para completarla, en lugar de hacer resúmenes de resúmenes como ellos, pensaron que un escándalo semejante tenía que ser producto de causas muy impuras: lo acusaron de haber sido comprado por los capitalistas, y lo trataron igual de mal que en la Edad Media se trataba a los excomulgados. Prefiero no insistir en este desagradable capítulo de la historia de la socialdemocracia.

Bernstein, convencido de que permanecía fiel al espíritu de Marx, buscó explicar de qué forma el desarrollo de la doctrina del maestro lo pudo llevar a resultados tan contrarios a las tesis que enseñaba la escuela. Se vio llevado así a preguntarse si el sistema primitivo de Marx no encerraba principios contradictorios, entre los que se encontrarían los que corresponderían a sus nuevas concepciones. En 1899 propuso una teoría sobre la cual me parece que no se ha prestado la atención suficiente.

Según Bernstein, habría en el socialismo moderno dos corrientes principales: “una *constructiva*, que continúa las ideas de reforma expuestas por los pensadores socialistas; la otra toma su inspiración de los movimientos populares revolucionarios y de hecho sólo apunta a *destruir*. De acuerdo a las posibilidades del momento, una aparece como *utópica*, *sectaria*,<sup>32</sup> *pacíficamente evolucionista*, y la otra como *conspiradora*, *demagógica*, *terrorista*. Mientras más nos acercamos a los tiempos presentes, más categórica es la consigna: por un lado, emancipación por la *organización económica*, por el otro, emancipación por la *expropiación política*... La teoría marxista buscaba combinar el fondo esencial de ambas corrientes... Pero esta combinación no significaba la supresión del antagonismo; era más bien un acuerdo de compromiso como el que Engels les proponía a los socialistas ingleses en su texto, **La situación de la clase obrera en Inglaterra**: subordinación del elemento específicamente socialista al elemento político-radical y social-revolucionario. Y más allá de la evolución llevada a cabo por la teoría marxista en el

curso de los años, nunca se pudo deshacer de este acuerdo, ni de su dualismo”.<sup>33</sup>

Esta forma de concebir las cosas indignó mucho a Kautsky, quien poco después respondió que Marx había reconciliado al socialismo utópico y al movimiento revolucionario en una unidad más alta (!); que en consecuencia, no existía ni dualismo ni acuerdo de compromiso; y que el supuesto descubrimiento de Bernstein sólo tenía por objeto despojar al marxismo de su espíritu revolucionario, que constituye su vida. El único dualismo que se podía reconocer en la actividad de Marx y Engels consistiría en el hecho de que fueron a la vez hombres de ciencia y hombres de lucha; el hombre de ciencia sopesa los pros y contras antes de tomar una resolución, mientras que el hombre de lucha está obligado a actuar sin haber tenido siempre el tiempo como para reflexionar detenidamente. “Deducir de la dualidad de sus funciones contradicciones en sus teorías, o incluso errores de orden intelectual, no es apreciar a tales hombres con la imparcialidad de la historia”.<sup>34</sup>

Kautsky estaba convencido de que Marx había utilizado tan bien las investigaciones e hipótesis que se habían hecho antes que él, que había llegado a la verdad científica. Reconocer que el marxismo habría soldado artificialmente dos sistemas contradictorios, era aceptar que había algo insuficiente en la doctrina: por nada del mundo Kautsky aceptaría pronunciar una blasfemia semejante. Según él, la socialdemocracia habría cometido una grave imprudencia si se hubiera embarcado en vuelos nuevos que no se sabía dónde llevaban, en lugar de aplicar toda su inteligencia a defender los principios seguros que había recibido.

Las ideas de Bernstein fueron recibidas con mucho agrado por quienes deseaban que el marxismo escapara del inmovilismo en el que Kautsky pretendía retenerlo. Al señalar la incoherencia de esos sistemas, Bernstein mostraba la necesidad de buscar nuevos equilibrios entre las tendencias fundamentales del socialismo moderno, equilibrios siempre inestables y provisorios. De este modo, la vida se introducía en una doctrina hasta entonces condenada a la esterilidad; pero era una descomposición del marxismo.<sup>35</sup>

En Francia el estudio de las organizaciones sindicales condujo a preguntarse si no habría que considerar una descomposición del marxismo distinta a la que examinara Bernstein. Lo que el marxismo tomó de las antiguas tendencias socialistas constituye lo que más llama la atención; pero podría ocurrir que Marx hubiera agregado algo que constituiría lo que llamaré el marxismo de Marx: esta parte quedó oculta mucho tiempo, ya que todavía no

<sup>32</sup> Sectario, en el idioma de Marx, quiere decir doctrinario; cf. “Las pretendidas escisiones de la Internacional”, p. 24 [N. del T.: nota agregada en la 2ª edición].

<sup>33</sup> Eduard Bernstein, **Socialisme théorique et social-démocratie pratique**, trad. francesa, pp. 53-54 [hay traducciones castellanas de Claridad de Buenos Aires y de Siglo XXI de México].

<sup>34</sup> Kautsky, **Le marxisme et son critique Bernstein**, trad. francesa, pp. 68-70 [hay traducciones castellanas de Claridad de Buenos Aires y de Siglo XXI de México].

<sup>35</sup> Para gran escándalo de sus contemporáneos, Bernstein proclamó que la meta final no era nada y que el movimiento era todo (*op. cit.*, p. 278). Entraba de este modo en el espíritu de la filosofía contemporánea, que no se ocupa ni del punto de partida ni del de llegada de las cosas que cambian, si no de las fuerzas que a cada instante inclinan al movimiento en el sentido que se constata. [N. del T.: nota agregada en la 2ª edición].



existían las organizaciones obreras que le correspondieran, y Bernstein no la reconoció, ya que sólo conoce Inglaterra y Alemania. Me propongo mostrar aquí de qué modo concibo esta nueva forma de comprender la descomposición del marxismo.

Julio de 1907

## I.

### Formación de las utopías — Pasaje a las reformas sociales antes de 1848.

#### Ascenso de los obreros a la pequeña burguesía por asociación de producción y por el *tradeunionismo*. La paz social en Vidal y en Considérant

a) Los escritores a los que se les da el nombre de utopistas apeplan constantemente a los sentimientos de justicia cuando exhortaban a reconstruir la sociedad. En toda organización real existen situaciones por las que el derecho establecido hiera la opinión; no podría ser de otro modo. Por más perfeccionado que esté un sistema jurídico, nunca se lo puede aplicar perfectamente a todos los casos, al igual que la ciencia no se puede adecuar perfectamente a la naturaleza. Sólo se podría crear una aparente identificación universal introduciendo flexibilidad en un sistema cuya característica es la de ser rígido: arbitrariedad en el derecho, y empirismo en la ciencia. Una vez que la opinión ha recibido el impacto de los casos anormales, exige que se proceda a cambiar las reglas jurídicas, con vistas a hacer desaparecer las discordancias que le chocan. Así es como se ejecutan reformas, para aumentar el respeto por el derecho y consolidar al sistema existente.

Por ejemplo, por más que todas nuestras legislaciones matrimoniales estén fundadas sobre la doctrina eclesíástica del matrimonio, que proclama la indisolubilidad de la unión sexual, hubo que admitir que ciertos casos exigían la separación de los esposos. En nuestros días los literatos insistieron con tanta fuerza sobre ciertos inconvenientes de esta separación, que se adoptó en Francia una ley sobre el divorcio, que a muchos les pareció necesaria para reforzar el respeto debido al matrimonio.

Como son sobre todo las personas de letras las que actúan de este modo sobre la opinión, señalándole los prejuicios que produce la aplicación de ciertas reglas, puede decirse que existe siempre, al lado de la justicia de los juristas, una justicia novelesca, llena de arbitrariedades y paradojas, en la que pueden abreviar todos a quienes les gusta imaginar los cambios sociales. Los utopistas no se dan cuenta de que la contradicción es la condición del movimiento histórico del derecho. Ven en ella la prueba de un error que se ha cometido respecto de los principios que gobiernan al conjunto de la sociedad; buscan crear un mundo completamente lógico. Pero a sus adversarios no les resulta muy difícil mostrar que sus proyectos generarían consecuencias que chocarían con mayor frecuencia a nuestros sentimientos que lo que ocurre con las costumbres actuales. La menor reflexión basta

para mostrar que no puede ser de otra manera, ya que una sociedad tendría que estar compuesta por alienados para que sus ideas no estén en general conformes con sus costumbres.

Los razonamientos de los reformadores sociales parecen más serios cuanto más se refieren a los detalles, ya que de este modo pierden el carácter paradójico de las utopías. Las analogías por medio de las que se imaginan el paisaje del mundo son tanto más fáciles de admitir cuánto menos difiera ese paisaje del que se ve frente a los ojos; los proyectos parecen más prácticos en la medida que parezcan conciliables con un mayor número de intereses existentes. Por lo tanto, llegará el día en que las escuelas sociales, llevadas por el deseo de obtener siempre un éxito más amplio, limiten sus ambiciones a propagar la idea de reformas; es entonces cuando logran capturar con más fuerza a la opinión pública.

Todos los grandes utopistas del siglo XIX tuvieron como sucesores a personas que abandonaron las ambiciones primitivas de los fundadores para adoptar una actitud reformista, es decir, una actitud conservadora. En este sentido menciono una página curiosa de la carta de Proudhon a Considérant, llamada "Advertencia a los propietarios". Esta carta es del 1° de enero de 1842; en ese momento el fourierismo ya había realizado su evolución, como lo expone muy bien Proudhon: "Fourier declara, y lo confirma con su ejemplo, que al comenzar los estudios y las experiencias sociales hace falta ubicarse completamente por fuera de las ideas civilizadas, y romper bruscamente con todas las nociones contrarias a su *armonía*. Es lo que llama *proceder por spagat*, término tomado de los acróbatas del trapecio. ¡Pero cómo? ¡Todo ese inmenso trabajo de la humanidad no se habría producido, la historia no tendría ningún sentido y todo ese movimiento no habría sido más que una larga decepción! Ni siquiera Ud. lo piensa, señor redactor. De otro modo yo le preguntaría qué es lo que significa este escrito sobre la *Política general* que tan fuerte impresión produjo, y en el que Ud. se muestra como profundo socialista, ya que permanece dentro de los datos de la sociedad actual".<sup>36</sup>

Poco tiempo antes de la revolución de 1848 una de las personas que más impresión causaría en la Asamblea del Palacio de Luxemburgo, François Vidal, terminaba su célebre libro sobre **La répartition des richesses** con reflexiones que muestran bien las consecuencias a las que habían llegado tantas utopías desarrolladas desde hacía más de treinta años: "La verdadera cuestión hoy en día se reduce a buscar de qué modo *sería posible neutralizar en parte* los efectos funestos de nuestras instituciones económicas. A examinar el provecho que podríamos obtener, en 1846, con nuestras leyes, nuestras costumbres y nuestros prejuicios, de los principios de asociación y de organización aplicados como *paliativos* para aliviar la miseria y mejorar la suerte de esos miles de nuestros semejantes que no pueden esperar pacientemente al futuro y alimentarse con ilusiones, que piden ganarse la vida trabajando y que podrían producir mucho más que sus necesida-

<sup>36</sup> Proudhon, **Oeuvres**, París, t. II, pp. 55-56. De hecho, Fourier procedía como todos los utopistas, tomando sus ideas paradójicas del mundo contemporáneo.

des, si se supiera utilizar sus brazos, si se les quisiera proporcionar un adelanto y los instrumentos necesarios, a título de préstamo. ¡Por cierto que estamos muy lejos de la tierra de los utopistas! Así presentado, el problema queda singularmente circunscripto, y caemos bruscamente de las alturas del ideal de vuelta a tierra, bajo el imperio de la realidad y la necesidad. Es un mundo muy distinto, pero en definitiva es donde estamos condenados a vivir: ¡debemos resignarnos!<sup>37</sup>

Acabamos de ver producirse una evolución, que parece necesaria, de la utopía a la práctica. También se puede considerar que esta evolución se produce de la imaginación a la inteligencia, de lo novelesco al derecho, del absoluto a lo relativo, o de lo simple a lo complejo.<sup>38</sup>

Los reformadores sociales esperaban llevar a todos los partidos a aceptar sus proyectos. Vidal aseguraba que los economistas más inteligentes estaban conmocionados, que en las cátedras oficiales se hablaba de asociación y organización, y que se abandonaban las doctrinas negativas de la escuela llamada liberal. "Los socialistas no pretenden transformar a la sociedad de un solo golpe, ni trastornar al mundo: lo que pretenden es convertirlo".<sup>39</sup>

b) François Vidal buscaba encontrar los medios para proporcionarles a los trabajadores los instrumentos y avances indispensables. Por lo tanto, se trataba de organizar mejor el trabajo, y ese era la meta que se habían propuesto todos los utopistas desde Fourier y Saint-Simon, pero en una escala prodigiosamente más grande.

El primero creía haber encontrado un medio para hacer que los obreros estén más atentos a su tarea; el segundo quería colocar al frente de todas las grandes empresas a especialistas particularmente capaces. Más tarde se esperaba que la solución práctica del problema económico la dieran las asociaciones obreras (que hoy en día se conocen como cooperativas de producción). Durante mucho tiempo se alabó la participación en las ganancias como medio para crear una economía de orden superior, que le aseguraría a la gran industria las ventajas que la pequeña había obtenido del interés que tenían los antiguos trabajadores convertidos en patrones respecto al éxito de sus negocios. Muchos pensaban que la participación en las ganancias tendría éxito allí donde la asociación obrera parecía incapaz de prosperar.

Hoy los fabricantes de reformas sociales estarían bastante dispuestos a admitir que el contrato colectivo encierra una virtud misteriosa análoga a aquella que Louis Blanc le atribuía a la asociación, y de la que tanto se burlaba Proudhon. Los obreros, por el solo hecho de que utilizarían al sindicato como intermediario,

adquirirían un lugar más alto en el mundo económico y se volverían menos proletarios y con derecho a una mejor remuneración. Se ha comparado a veces al sindicato con un banquero, que eleva más sus pretensiones mientras más poderoso es el arsenal del que está armada la industria, y por lo tanto cuanto más grandes son los beneficios extraordinarios que ésta puede obtener: el contrato colectivo sería entonces una especie de comandita referida a la mano de obra, mientras que la comandita del Código de Comercio refiere al dinero.

Si en verdad el *tradeunionismo* produjera los resultados que les atribuyen sus defensores, tendría una consecuencia doble de desarrollar el sentimiento de responsabilidad en los obreros, y de darles un lugar jurídico más cercano al que tradicionalmente le corresponde al propietario. De este modo habría progreso económico y progreso jurídico: por lo que ya no sería exacto decir, como hacían Marx y Engels en el **Manifiesto Comunista**: "el siervo, a pesar de su servidumbre, se había elevado al nivel de miembro de la comuna; el pequeño burgués se había convertido en burgués, a pesar del yugo del absolutismo feudal. Por el contrario, el obrero moderno, en lugar de elevarse por el progreso de la industria, desciende cada vez más por debajo de la condición de su propia clase".<sup>40</sup>

c) El ascenso hacia la burguesía es lo que más le llamó la atención a Paul de Rousiers en sus viajes a Inglaterra y Norteamérica. Creo que esta observación es la que está en la base de todos los juicios favorables que le merece el *tradeunionismo*. Considera que el gobierno inglés siguió una política prudente al nombrar a secretarios de sindicatos como jueces de paz, trabajando así para facilitar la constitución de una aristocracia obrera que entre en pie de igualdad en los marcos de la antigua sociedad.<sup>41</sup>

En la obra citada más arriba, Vidal expresaba muy claramente las intenciones conciliatorias de sus contemporáneos: "Los socialistas no buscan la guerra social; por el contrario, quieren prevenirla. Exigen reformas para conjurar las revoluciones. Lejos de provocar el odio entre las distintas clases de ciudadanos, predicán la concordia y la asociación".<sup>42</sup> "Lean los periódicos populares: todos predicán la paz, el orden, la unión, la tolerancia, la verdadera caridad; todos se esfuerzan por moralizar al pueblo, por desarrollar en él el corazón y la inteligencia, las facultades más nobles, los sentimientos más generosos; todos proclaman con generosidad el debido respeto a los intereses existentes, todos maldicen la pereza y glorifican el trabajo. Los periódicos redactados por obreros han transformado a los proletarios, ¡han hecho más que todos los profesores de moral! Esos obreros, antes indisciplinados e impacientes contra toda autoridad, comprenden hoy la necesidad del orden, la jerarquía y la disciplina".<sup>43</sup>

<sup>37</sup> François Vidal, *Répartition des richesses*, pp. 471-472.

<sup>38</sup> Cf. Sorel, *Insegnamenti della economia contemporanea*, p. 97.

<sup>39</sup> Vidal, *op. cit.*, pp. 464-465. [N. del T.: En la primera edición, el párrafo continuaba con esta frase: "Por mucho tiempo se había imaginado que el mejor procedimiento a emplear para aliviar la miseria era apelar a la justicia: los hombres de todas las clases se podrían poner de acuerdo respecto del bien, pero pueden tener diferencias sobre lo útil. Ahora, lo que los escritores reformistas esperan lograr que se adopte prácticamente es una teoría industrial!"]

<sup>40</sup> **Manifieste communiste**, trad. de Andler, pp. 39-40.

<sup>41</sup> De Rousiers, *Le trade-unionisme en Angleterre*, p. 309.

<sup>42</sup> François Vidal, *op. cit.*, p. 465.

<sup>43</sup> François Vidal, *op. cit.*, p. 467. El autor le exige al gobierno proteger a las clases pobres, "dirigir el gran movimiento socialista que se prepara". Debería reclamar para las clases laboriosas "garantías contra la omnipotencia de los empresarios de la industria, contra los abusos de la competencia. Pero, ¡ay!, el mismo poder está a la discreción de los manufactureros y los grandes comerciantes... No hay más poder. Los ministros se agitan y algunos



Es así que los socialistas de ese tiempo se presentaban como los profesores de la paz social. Se encuentra el mismo acento en el **Manifiesto de la Démocratie** publicado por Considérant.<sup>44</sup> El autor se proponía darles a sus lectores contemporáneos el medio para hacer desaparecer las causas de los conflictos económicos. Quería que el derecho sustituyera gradualmente a la fuerza y la industria a la guerra; esperaba ver la realización del régimen democrático y cristiano que hasta entonces no había sido reconocido más que bajo una forma abstracta, en la proclamación de la libertad y la igualdad. Se trataba de hacer desaparecer a una oligarquía que aplastaba no sólo al proletariado sino también a la burguesía, y que ya dominaba al gobierno.<sup>45</sup> “Por suerte las filas de la burguesía son numerosas y las inteligencias se despiertan. Se abre camino el sentimiento de las miserias materiales y morales de las clases trabajadoras, y de la necesidad de remediarlas. La caridad social las penetra y les da calor, y las clases burguesas comienzan por su parte a ver que *no están menos interesadas que las proletarias* en la introducción de garantías en el orden industrial y en la resistencia a las invasiones de la aristocracia financiera”.<sup>46</sup>

Los autores modernos que se ocupan de la reforma social no agregaron demasiado a lo que habían dicho los antiguos socialistas; sólo reemplazaron la apología de la asociación por la apología del *tradeunionismo*. Quizás sean incluso menos científicos que sus predecesores, ya que todos los utopistas esperaban que sus recetas produjeran un gran incremento de la producción, mientras que los reformistas contemporáneos están mucho menos preocupados por el progreso económico. Se podría decir que en este sentido los utopistas se aproximan al marxismo, pero se alejan de él en que creían que deben producir planes para dirigir la industria, mientras que el marxismo cree que ésta se dirige muy bien a sí misma.

## II

### Lucha de pobres contra ricos — Los blanquistas Intervención de los partidos — El estado popular y sus máquinas

#### Recuerdos de la Revolución: identificación establecida entre el régimen feudal y el capitalismo Ascenso del proletariado a la burguesía por la autoridad

a) Vayamos ahora al segundo elemento que entró en el socialismo moderno, el elemento revolucionario. Por mucho tiempo la idea de revolución estuvo identificada con la lucha de pobres contra ricos. Esta lucha es tan antigua como el mundo civilizado, ha desgarrado las ciudades helénicas, y no parece que se haya modi-

grandes comerciantes los conducen”. Esto es por entero lo que hoy en día se llamaría un programa de monarquía social. [N. del T., luego de la referencia bibliográfica, agregado a la 2ª edición].

<sup>44</sup> Este documento fue reproducido en la revista *L'Ère nouvelle*, febrero de 1894 [hay traducción castellana como “Manifiesto político y social de la democracia pacífica” en el volumen colectivo: Alfredo Cepeda (ed.), *Los utopistas*, Buenos Aires, Hemisferio, 1950].

<sup>45</sup> *Ère nouvelle*, pp. 177-178.

<sup>46</sup> *Ère nouvelle*, p. 172.

ficado demasiado con el transcurso del tiempo. Constituye una forma rudimentaria de lucha de clases, con la cual a menudo se la confunde.<sup>47</sup>

## O

Antes de 1848 existía un gran temor ante la idea de una revuelta de pobres. Considérant, por ejemplo, decía, en su **Manifiesto de la Démocratie**: “¿Qué ocurrirá con la civilización, qué ocurrirá con los gobiernos y con las clases altas, si, al extenderse por toda Europa el feudalismo industrial, las innumerables legiones de la esclavitud moderna se sublevaran al grito de ‘¡Vivir trabajando o morir combatiendo!’ ¡Pues bien! Si la sabiduría de los gobiernos, de la burguesía inteligente y liberal, de la ciencia, no terminan de percatarse, es seguro que el movimiento que arrastra a las sociedades europeas marcha derecho a las revoluciones sociales, y que vamos hacia una *jacquerie* europea”.<sup>49</sup> Más adelante señalaba el peligro del comunismo, “medio violento, expoliador, revolucionario, y además, *ilusorio*”, que seducía a los espíritus por su extrema sencillez: “Esas fórmulas son muy sencillas y muy inteligibles para las *masas famélicas* y desprovistas, a las que no pueden más que parecerles perfectamente justas, en tanto la sociedad les niega el derecho al trabajo, aún más sagrado que el derecho de propiedad, que deriva de aquel”.<sup>50</sup>

b) Los hombres que a lo largo del siglo XIX se presentaron como los más auténticos adeptos de la tradición revolucionaria, los verdaderos representantes de los pobres y los más decididos partidarios del combate en las calles, aquellos a los que Bernstein designa bajo el término de *blanquistas*, no estaban menos decididos que Considérant a impedir el regreso a la barbarie; su ideal no era en absoluto un movimiento de *jacques*. Bernstein vio muy bien que los juicios sobre ellos se detuvieron demasiadas veces en ciertos aspectos muy secundarios de su táctica. No podría definirse a los blanquistas esencialmente como hombres de complot; la forma de llegar al poder les era indiferente. A sus ojos poseer el poder era resolver todas las dificultades;<sup>51</sup> la fuerza creadora que posee un partido político revolucionario que ha adquirido el poder es enorme, y muchos creyeron que era infinita. Tal partido, una vez llegado al gobierno, es mucho más fuerte de lo que podría serlo un partido conservador, dado que no tiene nada que preservar, ya que considera a las condiciones económicas como fenómenos subordinados.

Gracias a la intervención de un partido que encabeza la revolución el movimiento histórico adquiere un ritmo totalmente nuevo e imprevisible: ya no se trata de una clase de pobres que actúan bajo

<sup>47</sup> Hago notar, por ejemplo, que el socialdemócrata holandés Rienzi (Van Kol) cae constantemente en esta confusión en **Socialisme et Liberté**.

<sup>48</sup> Rienzi, *op. cit.*, pp. 242-243.

<sup>49</sup> *Ère nouvelle*, p. 166.

<sup>50</sup> *Ère nouvelle*, p. 170. Considérant alude aquí a su famoso artículo sobre la “teoría del derecho de propiedad”, aparecido en **La Phalange** en mayo de 1839.

<sup>51</sup> Bernstein, *op. cit.*, p. 50.

la influencia de sus instintos, sino a personas instruidas que razonan sobre los intereses de un partido, como lo hacen los jefes de las casas especuladoras sobre la prosperidad de sus negocios.

Los partidos políticos son coaliciones formadas para conquistar las ventajas que puede otorgar la posesión del Estado, tanto si sus promotores están impulsados por el odio, si buscan ventajas materiales, o si sólo tienen la ambición de imponer su voluntad. Por más hábiles que puedan ser los organizadores de un partido, nunca podrían agrupar más que un estado-mayor muy débil, encargado de actuar sobre las masas descontentas, llenas de esperanzas lejanas y dispuestas a realizar sacrificios inmediatos. En caso de éxito, el partido les hará grandes concesiones: pagará los servicios prestados en forma de transformaciones económicas, jurídicas y religiosas, cuya repercusión puede superar infinitamente las previsiones. Muy a menudo los jefes de los partidos que más profundamente alteran a la sociedad pertenecen a la aristocracia, a la que la revolución tocará muy directamente. Es porque estas personas, al no haber encontrado en su clase los medios para hacerse con el poder, han debido reclutar un ejército fiel entre clases cuyos intereses están enfrentados con los de su familia. La historia muestra que se tendría una idea muy errada de las revoluciones si se las supusiera realizadas por los motivos que a menudo el filósofo se vio llevado a atribuirles a sus promotores.

Cuando los acontecimientos han tenido lugar hace un largo tiempo, las pasiones que habían conducido a los primeros sujetos del drama parecen triviales comparadas con los grandes cambios que tuvieron lugar en la sociedad, y a los cuales se intentan poner en relación con las tendencias oscuras de las masas.<sup>52</sup> En general los contemporáneos vieron las cosas en el orden inverso, interesándose más bien en la competencia que existía entre los estados-mayores de los partidos. Sin embargo, debe señalarse que en nuestros días, en los que se le otorga tanta importancia a las ideologías, todo partido está obligado a hacer gala de doctrinas: los políticos más audaces no podrían conservar su prestigio si no se las arreglaran para establecer una cierta armonía entre sus actos y los principios que se supone que representan.

La introducción de los partidos políticos en un movimiento revolucionario nos aleja mucho de la sencillez primitiva. Al comienzo, las revueltas habían estado embriagadas por la idea de que su voluntad no podía encontrar ningún obstáculo, ya que poseían la mayoría del número. Les parecía evidente que no tendrían más que designar a delegados para formular una nueva legalidad conforme a sus necesidades. Pero luego aceptan la dirección de personas que tienen intereses distintos a los suyos; estas personas están dispuestas a ayudarlos, pero a condición de que las masas les entreguen el Estado, el objeto de su codicia. Es así que la revuelta de los pobres puede servir de base a la formación de un *Estado popular*, compuesto por burgueses que desean continuar

la vida burguesa, que mantienen ideologías burguesas, pero que se presentan como mandatarios del proletariado.

El Estado popular se ve llevado a extender cada vez más sus tentáculos, porque las masas se vuelven cada vez más difíciles de engañar, cuando ya pasó el primer instante de lucha y sin embargo se tiene que sostener su ardor en tiempos de calma. Esto exige complicadas *máquinas electorales*,<sup>53</sup> y en consecuencia un gran número de favores que conceder. Al aumentar constantemente el número de sus empleados, va constituyendo una clase de intelectuales con intereses separados de los del proletariado de productores. Refuerza así la defensa de la forma burguesa contra la revolución proletaria. La experiencia muestra que por mucho que esta burguesía de dependientes tenga una pobre cultura, no está menos ligada a las ideas burguesas. Vemos incluso a través de muchos ejemplos que si algún propagandista de la revolución ingresa en el mundo gubernamental se convierte con la mayor facilidad en un excelente burgués.

Se podría por lo tanto decir que por una especie de paradoja los políticos que se consideran como los verdaderos poseedores de la idea revolucionaria, son conservadores. Pero después de todo, ¿acaso la Convención fue algo distinto? ¿No se ha dicho a menudo que había continuado las tradiciones de Luis XIV, preparando el camino para Napoleón?

c) Los recuerdos de la Revolución dominaron durante mucho tiempo la propaganda de los socialistas. Se buscaba identificar, por ejemplo, las ganancias capitalistas con los derechos señoriales y los *diezmos* que la burguesía suprimió sin indemnizaciones en el pasado. No se dejó de señalar que muchas fortunas burguesas provenían de la venta de bienes nacionales, que se había realizado en condiciones singularmente favorables a los compradores. Se buscaba hacer comprender que el Estado popular podía inspirarse en esos memorables ejemplos para liquidar al capitalismo con pocos gastos.

Los políticos revolucionarios no se ubicaban en absoluto en el mismo punto de vista que los utopistas cuando razonaban sobre la propiedad. Éstos estaban preocupados sobre todo por la organización del trabajo, mientras que los políticos no veían más que rentas que compartir; su concepción era la de los intelectuales, a los que tanto les cuesta considerar a la propiedad como un medio de producción, y que la entienden más bien como título de posesión. La ley (como hacía a menudo en las ciudades anti-

<sup>52</sup> Para Fustel de Coulanges, las multitudes son los verdaderos agentes históricos, y los intereses conducen el mundo (P. Giraud, *Fustel de Coulanges*, p. 202 y pp. 207-208). [N. del T.: nota agregada en la 2ª edición].

<sup>53</sup> Ostrogorski ha dado muchos detalles interesantes sobre el funcionamiento de las *máquinas norteamericanas* en su libro sobre *La Démocratie et l'organisation des partis politiques [La democracia y los partidos políticos]*, Madrid, Trotta, 2008]. Léase sobre todo el cap. VI del libro V, donde da la siguiente definición de una *máquina*: "Conjunto de personas escalonadas jerárquicamente, ligadas una a la otra por una devoción personal, pero sobre una base mercenaria y preocupadas únicamente por satisfacer sus apetitos, explotando la fortuna de los partidos políticos" (t. II, p. 347). Nos muestra que en Nueva York, luego de haberse demostrado que Tweed, que había sido el *boss* de Tammany-Hall, era culpable de robos espantosos, mantuvo la estima de los pobres de la ciudad, que vieron en él a una víctima de los ricos (t. II, p. 401): siempre la antigua lucha de pobres contra ricos.



guas) debería racionar a los ricos, imponiéndoles enormes cargas, que proporcionarían los recursos que permitirían hacer más agradable la vida de los pobres. De este modo, los problemas económicos se encuentran en un segundo plano, mientras que las órdenes dadas por los dueños del Estado pasan al primero.

¿Qué querían los antiguos legisladores? Mantener en la ciudad a un número suficiente de ciudadanos aptos para llevar las armas y defender las tradiciones nacionales. Hoy en día diríamos que su ideal era burgués. ¿Y los hombres de la Revolución, que querían? Aumentar en una proporción muy grande al número de propietarios acomodados: crearon una burguesía cuya potencia aún no se ha extinguido. ¿No podría desembocar en consecuencias totalmente análogas el Estado popular, inspirándose principalmente en las necesidades económicas contemporáneas? En efecto, la transferencia de las rentas puede realizarse de forma indirecta, pero segura, por medio de una legislación social que tenga en cuenta las condiciones de la gran industria: crear medios de arbitraje que le permitan al *tradeunionismo* ejercer una acción constante sobre los salarios; reemplazar al pequeño comercio de productos por servicios públicos de alimentación, a la explotación de las viviendas obreras por alquileres municipales, y la usura de los pequeños prestamistas por instituciones de previsión; encontrar recursos fiscales en los grandes impuestos percibidos sobre las clases ricas, de forma tal que la ganancias extraordinarias que se producen en las industrias regresen en obras democráticas. Gracias a esos procedimientos, el obrero puede convertirse en un pequeño burgués,<sup>54</sup> y así volvemos a llegar a las mismas conclusiones que anteriormente: adscripción del proletariado a la burguesía.

### III

#### Dualismo en el **Manifiesto Comunista** – medidas revolucionarias y teorías cercanas a las de los utopistas Temor que experimentaba Bernstein respecto a la capacidad política de la socialdemocracia Abandono del marxismo por parte de los políticos

El dualismo que señaló Bernstein aparece, de modo indiscutible, en las medidas provisionales que el **Manifiesto Comunista** proponía adoptar en caso de revolución victoriosa. En 1872, al reeditar su obra, Marx y Engels declaraban no prestarle una importancia particular a estos consejos prácticos, pero es singular que en los prefacios escritos en 1872, 1883 y 1890 no encontremos ninguna indicación capaz de orientar a los lectores. Supongo que ellos mismos percibían la dualidad del sistema, y no se atrevían a realizar incursiones un poco prolongadas en el terreno de la práctica política, dado que temían desorganizar el edificio.

No me parece que Andler haya reconocido demasiado bien las fuentes del **Manifiesto Comunista** en el comentario que le hizo

<sup>54</sup> Esto es lo que intenta producir la legislación de Nueva Zelanda. Esto lo vieron bien todos los observadores atentos.

en 1901; de haber tomado las tesis de Bernstein como punto de partida habría estado bien inspirado. Distingue las proposiciones entre jurídicas, económicas y pedagógicas. Me cuesta ver el nombre de jurídicas al lado de medidas que se parecen a las órdenes que da un conquistador al día siguiente a su victoria para destruir a los vencidos: expropiación de la propiedad de la tierra y afectación de su renta a los gastos del Estado; impuestos muy progresivos; abolición de la herencia; confiscación de los bienes de todos los emigrados y rebeldes. Estas supuestas medidas jurídicas tendrían por otro lado el objeto de arruinar a todos los intereses preservados por el derecho privado, y el de suprimir todo el derecho privado al cabo de una generación. No se debe olvidar que el derecho, al igual que la ciencia, considera a las cosas como si fueran eternas. Por lo tanto, no creo que se les pueda dar el nombre de jurídicas a reglas cuya aplicación es de duración tan limitada sin cometer un grave contrasentido.

Las otras propuestas están tomadas manifiestamente de la literatura de los utopistas: centralización del crédito, explotación de los transportes por parte del Estado, multiplicación de las manufacturas nacionales y mejoramiento de las tierras de acuerdo a un plan general, trabajo obligatorio para todos, organización de ejércitos industriales, en particular para la agricultura, acercamiento entre agricultura e industria, educación pública y gratuita de todos los niños y reunión de la educación con la producción material. No veo bien por qué Andler pone aparte este último proyecto, al que denomina pedagógico, que pertenece del modo más evidente a la organización del trabajo.

El conjunto del **Manifiesto Comunista** ofrece las mayores analogías con la literatura de los utopistas, a tal punto que se ha podido acusar a Marx de haber plagiado el **Manifiesto de la Démocratie** redactado por Considérant. No sólo los fenómenos están a menudo presentados de la misma forma, sino que además encontramos razonamientos que es muy tentador identificar con los de los utopistas. Por ejemplo, al final del primer capítulo leemos: "He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir gobernando la sociedad e imponiendo a ésta por norma las condiciones de su vida como clase. Es incapaz de gobernar, porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud, porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una situación de desamparo en que no tiene más remedio que mantenerles, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella."<sup>55</sup>

No tengo conocimiento de que se haya llegado a determinar exactamente cuáles son los postulados empleados por Marx y Engels en el **Manifiesto Comunista**. Su lenguaje rico en imágenes pudo interpretarse tanto como siendo el de los utopistas, condenando a la burguesía en nombre de la justicia eterna, como alentando a la revuelta de los pobres.

El **Manifiesto**, sin embargo, no encierra ninguna fórmula con un aspecto blanquista tan marcado como la que se encuentra al final

<sup>55</sup> Manifeste communiste, p. 40 [trad. tomada de: **Manifiesto Comunista**, Moscú, Progreso, 1973].



de la **Miseria de la filosofía**: “el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es la lucha de una clase contra otra clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, implica una revolución total. Por cierto, ¿puede causar extrañeza que una sociedad basada en la oposición de las clases llegue, como último desenlace, a la contradicción brutal, a un choque cuerpo a cuerpo? No digáis que el movimiento social excluye el movimiento político. No hay jamás movimiento político que, al mismo tiempo, no sea social. Sólo en un orden de cosas en el que ya no existan clases y antagonismo de clases, las evoluciones sociales dejarán de ser revoluciones políticas. Hasta que ese momento llegue, en vísperas de toda reorganización general de la sociedad, la última palabra de la ciencia social será siempre: ‘Luchar o morir; la lucha sangrienta o la nada. Es el dilema inexorable’”.<sup>56</sup> Marx y Engels eran originalmente tan favorables a las ideas blanquistas que en 1850 consideraban a los blanquistas como el verdadero partido proletario, mientras que, de acuerdo a Bernstein, “el partido proletario francés, en 1858, eran los obreros reunidos alrededor del Palacio de Luxemburgo”.<sup>57</sup>

Al considerar la situación del Partido Socialista en Alemania, Bernstein se espantó de ver lo inferior que era la capacidad de este partido respecto al papel que podría estar llamado a jugar en caso de revolución violenta. En efecto, no pensaba que el poder pasaría otra vez a una burguesía radical, como en 1848; quien debería asumir todas las responsabilidades sería la extrema izquierda del parlamento, es decir, el grupo socialista.<sup>58</sup> Esta perspectiva le sugería reflexiones muy pesimistas: “La soberanía del pueblo, incluso cuando se la proclama legalmente, no hace en absoluto [del pueblo] un factor determinante real. Puede poner al gobierno bajo la dependencia de aquellos frente a los cuales debería ser fuerte: los funcionarios, los políticos profesionales, los *propietarios de periódicos*. ... La dictadura del proletariado quiere decir —allí donde la clase obrera no dispone ya de organizaciones económicas muy fuertes, y donde todavía no ha adquirido, a través de su aprendizaje en asambleas autónomas, un grado muy elevado de independencia moral— la dictadura de los oradores de clubes y de los escritores”.<sup>59</sup>

Por eso, para preparar al socialismo para que cumpla la misión que debería corresponderle en caso de una revolución, era necesario retomar el estudio de los problemas que los marxistas descuidaron por tanto tiempo. “La cuestión social, que se les había presentado a los utopistas en toda su dimensión, como cuestión política, jurídica, económica y moral, [se había] concentrado en la cuestión obrera”.<sup>60</sup> Había llegado el momento de corregir y completar la obra de los utopistas, aprovechando las experiencias rea-

lizadas desde hacía medio siglo. Así, nos veíamos llevados a una *descomposición del marxismo*, ya que de aquí en más los prejuicios blanquistas ya no se mezclarían con los estudios que se hicieron sobre la administración y la política práctica.

Mientras que Bernstein se esforzaba de ese modo por concentrar la atención de los socialistas alemanes sobre las partes de la doctrina que éstos habían descuidado, el trabajo natural de la evolución de los partidos llevaba a los jefes del socialismo a abandonar los puntos de vista marxistas, pero siempre negando cualquier cambio alguno. El 5 de diciembre de 1899, Bebel pronunciaba en Berlín un discurso en el cual salía a la luz el más puro socialismo de Estado; incluso se atrevió a volver a las cooperativas subvencionadas por el Estado, condenadas por Marx en su carta de 1875 sobre el programa de Gotha.<sup>61</sup> No obstante, no se dejaba de considerar a Bernstein como un herético, para seguir pareciendo fieles a las antiguas esperanzas revolucionarias, que seguían siendo caras a muchos obreros (sobre todo en Berlín), y para no darles armas a los anarquistas, a los que tanto odiaba la socialdemocracia. Por lo demás, los políticos socialistas alemanes estimaban que no tenían ninguna necesidad de preocuparse por realizar las investigaciones a las que los conminaba Bernstein, puesto que, al igual que un marqués del Antiguo Régimen, un diputado es una persona que lo sabe todo sin necesidad de aprenderlo.

Pero, ¿es acaso el marxismo únicamente lo que suponía Bernstein? Esto es lo que habría que saber. ¿No hay en él algo más que las fórmulas que se cita, y cuyo valor cada vez parece ser más discutible? ¿No sería acaso una concepción filosófica, apta para esclarecer las luchas sociales, antes que una compilación de preceptos políticos? Esto es lo que vamos a examinar, someramente, oponiendo a los utopistas y a los blanquistas algunos de los elementos fundamentales del marxismo.

#### IV

Diferencias entre Marx y los utopistas  
Falta de crítica jurídica de la propiedad privada  
Sofisma de Thompson y de Pecqueur  
Organización de la producción realizada por el capitalismo  
Regularización de los salarios por el equilibrio económico  
Trabajo futuro fundado en las costumbres legadas por el capitalismo

a) De acuerdo a muchos escritores contemporáneos, Marx habría dejado una gran laguna en su obra al no fundar una teoría de la propiedad: el profesor Anton Menger, por ejemplo, dice: “Falta en él el complemento necesario de la teoría del plusvalor, es decir,

<sup>56</sup> Estas dos frases son de George Sand [trad. tomada de **Miseria de la Filosofía**, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, s.f.].

<sup>57</sup> Bernstein, *op. cit.*, p. 51. [N. del T.: En la edición original de 1908, esta frase comenzaba: “Al ser un documento destinado a ser adoptado por una asociación, es posible que Marx y Engels no pudieran presentar todo su pensamiento. Durante mucho tiempo se mostraron muy favorables a las ideas blanquistas...”, etc.]

<sup>58</sup> Bernstein, *op. cit.*, p. 60.

<sup>59</sup> Bernstein, *op. cit.*, pp. 297-298.

<sup>60</sup> Merlino, **Formes et essence du socialisme**, p. 244.

<sup>61</sup> La socialdemocracia alemana es oficialmente marxista, pero siempre conservó muchas ideas lassallianas: así fue que en 1875 se adoptó el programa de Gotha, a pesar de las críticas de Marx; su carta no fue conocida más que en 1891. El espíritu lassalliano se hizo preponderante una vez que los socialistas obtuvieron buenos resultados electorales: los éxitos electorales llevan fatalmente al socialismo de Estado.



una crítica jurídica de la propiedad privada de los medios de producción y de las cosas útiles, y en consecuencia un examen profundo del derecho al producto integral del trabajo".<sup>62</sup> Muchos jóvenes universitarios, que consideran a Marx un perro muerto, partieron de este juicio solemne pronunciado por el profesor austríaco para hacer críticas jurídicas a la propiedad; toda esta literatura pseudo-científica se forma por un amontonamiento de sofismas oscuros, desprovistos de todo interés, e indignos de merecer el honor de una refutación.<sup>63</sup>

Creo que hay felicitar calurosamente a Marx por no haber tomado el camino que se le reprocha no haber seguido, y considero que su actitud en este punto es de importancia capital. Desde este punto de vista, no se le podría hacer ninguna corrección a su sistema: todo autor que haga una crítica jurídica de la propiedad privada se colocaría por fuera del marxismo. He aquí una constatación muy decisiva que debemos hacer al comienzo de nuestras investigaciones.

Por otro lado, ¿cómo podríamos intentar hacer el trabajo al que nos invita Menger? Para ello deberíamos apoyarnos en los principios del derecho moderno, pero ¿acaso no están fundados sobre la existencia de la propiedad privada burguesa? Por poco que se adopten en cierta medida los principios de materialismo histórico, tal labor no puede más que aparecernos como un tejido de sofismas. Menger no percibe lo absurdo de la empresa porque no da cuenta por completo de las relaciones que existen entre toda superestructura ideológica y la economía. Pero para un marxista, la disociación que suponían los utopistas, y que todavía suponen ciertos filósofos sin filosofía, es un contrasentido.

Es bien cierto que ningún sistema ideológico puede ser perfectamente coherente. Permanecen siempre en el derecho reglas antiguas que no pueden explicarse correctamente más que por medio de la historia, las cuales, tomadas aisladamente, podrían recibir interpretaciones fantasiosas. Por otro lado, existen leyes excepcionales, que fueron introducidas bajo la influencia de los caprichos de alguna persona poderosa, y que forman islotes que el jurista intenta delimitar con rigor. Finalmente, de tiempo en tiempo, las circunstancias políticas ejercen su influencia sobre la jurisprudencia, perturbando el trabajo de los doctrinarios. Los espíritus penetrantes pueden servirse de estos elementos esporádicos para ilustrar una teoría de las relaciones naturales que deberían existir entre las personas, y partiendo de esta teoría para juzgar el derecho existente, podrían criticar o declarar caducas a las partes que no concuerdan con su teoría.

Este método es adecuado para seducir los espíritus que están más preocupados por la lógica que por la historia y la economía. Efectivamente, a sus ojos no existe ninguna diferencia esencial entre los distintos elementos jurídicos. Como no existe ningún medio para hacer que todos entren de manera perfectamente satisfactoria en sistema alguno, cada uno de nosotros tiene el

derecho a fabricar una construcción que sería tan legítima como cualquiera, mientras que se la pueda ilustrar con ejemplos. La ausencia de toda consideración sobre la infraestructura económica se hace sentir entonces del modo más lamentable, ya que no existe ningún modo de elegir de forma filosófica: el método marxista no permite ninguna de estas fantasías.

La mayor parte de las veces los sofistas que destruyeron a la propiedad por razón demostrativa procedieron de un modo todavía más arbitrario. Partieron de fórmulas vagas que toman del lenguaje corriente, y en las cuales se encuentran ciertas analogías con los términos jurídicos; fue así como la teoría ricardiana del valor engendró casi de inmediato sofismas relativos a la propiedad. Así se expresa el profesor Menger, que encuentra al socialista inglés William Thompson tan superior a Marx: "Como un gran número de economistas ingleses, y particularmente Ricardo, Thompson parte de la idea de que *el trabajo es la única causa del valor de cambio*. De ese hecho económico extrae la consecuencia de que es a quien ha creado el valor por su trabajo a quien debe volver por entero el producto integral de su trabajo".<sup>64</sup> Pero de qué forma se ha podido operar este pasaje de la economía al derecho, eso es lo que Menger omite explicarnos; debe parecerle demasiado simple como para detenerse en ello, y sin embargo es algo bastante difícil de justificar.

Creo que se puede reconstituir el razonamiento de Thompson de esta manera: suponemos una sociedad igualitaria, en la cual las herramientas están en manos de personas cuya única función es la de vigilarlas, y que reciben por eso una remuneración por su servicio de guarda;<sup>65</sup> si admitimos que la única causa de la riqueza creada es el trabajo del obrero, nadie, fuera de éste, tiene ninguna reivindicación que hacer valer sobre esta riqueza. Pero habría que demostrar que este razonamiento es válido jurídicamente para nuestra sociedad, no jugar sobre los sentidos del término *causa* en el lenguaje corriente y en el derecho.

Pecqueur presenta sus concepciones bajo una forma mucho más desarrollada, y gracias a la franqueza a veces algo ingenua de este autor, es más sencillo seguir el rumbo de sus ideas: "Toda riqueza material es debida al trabajo combinado con la materia, o mejor, a la fuerza inteligente del hombre actuando sobre la materia... *La materia nos es dada colectiva e igualitariamente por Dios*, pero el trabajo, es del hombre. San Pablo ha dicho que aquél que no quiera trabajar no tiene derecho a la comida. En esta frase se encuentra en germen toda la economía social y política del porvenir".<sup>66</sup> En efecto, es posible suponer fácilmente que de estas premisas deberían surgir consecuencias comunistas o muy cercanas al comunismo igualitario, pero el autor no consideraría estos principios como evidentes si no estuviera de antemano decidido a condenar al régimen capitalista.

<sup>62</sup> Menger, *op. cit.*, p. 138.

<sup>63</sup> N. del T.: el final del párrafo fue agregado en la 2ª edición.

<sup>64</sup> Menger, *op. cit.*, p. 76.

<sup>65</sup> A lo sumo pueden recibir un salario igual al del obrero mejor pago en la utopía de Thompson (Menger, *op. cit.*, p. 177).

<sup>66</sup> Pecqueur, *Théorie nouvelle d'économie sociale et politique*, p. 497. Este libro es de 1842.

Frente a Rossi, que había dicho que no se debe llamar ocioso al que administra sabiamente su fortuna, ahorra una parte y contribuye a la producción con sus capitales, Pecqueur responde: "Producir, es trabajar: decir que nuestros capitales trabajan por nosotros, es decir un absurdo... Para producir de verdad, haría falta involucrarse y esforzarse personalmente, y Ud. no lo hace. El capital es una *materia* que nada puede sin el trabajo del hombre,<sup>67</sup> ya que toda riqueza viene del trabajo. Por lo que el capital no podría trabajar en lugar del hombre, de su poseedor o propietario. Incluso si la *materia capital* pudiera trabajar como un ser moral y dotado de una actividad espontánea, al igual que el hombre, aun así no podría representar al hombre frente a la sociedad, ya que, en cuanto al trabajo, ni siquiera el hombre puede representar al hombre. La presencia personal es obligatoria".<sup>68</sup>

La producción es un deber que se les impone a todos, y cada productor es un funcionario. Todos son igualmente necesarios para la sociedad, y deben ser retribuidos equitativamente, si se entregan al trabajo con igual buena voluntad.<sup>69</sup> En cuanto a intentar demostrar la legitimidad de tal sistema, es algo imposible. Verdaderamente Marx hizo bien al no introducirse en este laberinto de sofismas.

b) Los utopistas estaban convencidos de que el capitalismo ya no estaba en condiciones de dirigir una producción que se había vuelto demasiado grande para los particulares. Hoy en día una concepción como esta nos parece muy extraña, ya que después de medio siglo hemos visto a la industria realizar demasiados prodigios, y porque su estado anterior a 1848 nos parece completamente rudimentario. Por eso nos cuesta no ver a los utopistas como bastante ingenuos. Pero para apreciar correctamente el cambio que tuvo lugar en las ideas, debemos tener en cuenta el cambio que sufrió el mismo capitalismo.

Recordemos que una de las tesis más esenciales de Marx es la del pasaje del capitalismo comercial y usurario al capitalismo industrial. Este constituye la forma plenamente desarrollada de la sociedad burguesa. En la época de los utopistas el capitalismo industrial estaba todavía subordinado; al comenzar sus artículos de 1850 sobre **La lucha de clases en Francia**, Marx observa que bajo el reino de Luis Felipe el gobierno estaba entre las manos de lo que se denominaba aristocracia financiera (banqueros, reyes de la bolsa y los ferrocarriles, concesionarios de minas de hierro y carbón, propietarios de bosques y parte de los grandes propietarios de tierras), mientras que la burguesía industrial estaba en la oposición. En particular, Marx muestra el papel de Grandin y Faucher, que combatieron con fuerza a Guizot y que representaban los intereses industriales. La misma situación poco más o menos existía en Inglaterra: en una nota del capítulo XX del III volumen del **Capital**, Marx dice que los comerciantes estaban aliados con la

aristocracia terrateniente y financiera en contra del capital industrial (por ejemplo, Liverpool contra Manchester y Birmingham), y que "el capital comercial y la aristocracia financiera de Inglaterra no reconocieron íntegramente la hegemonía del capital industrial hasta que no se abolieron los aranceles sobre el trigo".<sup>70</sup>

Anteriormente las empresas capitalistas estaban dirigidas por personas sin ningún conocimiento científico, ya que se las manejaba del mismo modo que los negocios comerciales o usurarios. Causaba espanto comprobar la desproporción existente entre la capacidad de los directores de fábrica y la ciencia de la época. Hoy en día la ciencia produjo inmensos progresos, pero en ninguno de sus aspectos ha permanecido ajena a los ingenieros que dirigen los talleres. El problema que más preocupaba a los utopistas se encuentra resuelto por el capitalismo contemporáneo. Si aún existen excepciones, es porque el régimen industrial todavía no ha triunfado por completo en todas partes, y porque la aristocracia financiera todavía ejerce su mala influencia sobre cierta cantidad de negocios.

El problema de la organización del taller no parecía ser menos difícil que el de su dirección. La Edad Media había dejado como herencia hábitos de gran brutalidad entre los oficiales artesanos, por lo que era natural que la disciplina de las manufacturas fuera muy dura. Por otro lado, los contramaestres tenían que sostener una guerra cotidiana contra la mala voluntad de los obreros, que no se podían acostumbrar fácilmente a llevar adelante tareas complicadas, que exigían mucha atención y movimientos rápidos. Hubo una lucha terrible, sobre todo en Inglaterra: ciertos industriales consideraban que los antiguos trabajadores, acostumbrados a las herramientas tradicionales, eran incapaces de plegarse a las nuevas exigencias.<sup>71</sup> Esta educación terminó por realizarse sin recurrir a los medios más o menos graciosos que inventaron los utopistas. Para lograr que una docena de máquinas se pusieran a tejer algodón bajo la dirección de un único trabajador, no se tuvieron en cuenta las teorías furieristas sobre la *papillone*.<sup>72</sup>

De esta forma, el capitalismo resolvió los problemas a los cuales los utopistas les buscaban soluciones totalmente ilusorias. Creó las condiciones que permitirán el pasaje a una nueva forma social. No se necesita pedirles a los reformistas que inventen nuevos aparatos científicos, ni que les enseñen a los hombres cómo servirse de ellas

<sup>69</sup> Pecqueur, *op. cit.*, pp. 583-586.

<sup>70</sup> **Capital**, trad. francesa, t. III, primera parte, p. 360 [trad. tomada de **El Capital**, México, Siglo XXI, 1976].

<sup>71</sup> No me parece que Marx haya dado una idea del todo completa de esta lucha en **El Capital** (t. 1, cap. XV, "La fábrica"; Ure, de quien toma sus principales datos, cuenta que los primeros tejidos mecánicos fracasaron porque Wyatt era de naturaleza demasiado blanda; treinta años más tarde, Arkwright tuvo éxito, porque tenía "la energía y la ambición de un Napoleón" (**El Capital** t. 1, p. 183, col. 2, y Ure, **Philosophie des manufactures**, traducción francesa, t. 1, pp. 21-31). Este último libro fue traducido en 1836. Sobre la brutalidad de los antiguos obreros ingleses que trabajaban la lana, cf. Ure, *op. cit.*, p. 13 y pp. 267-271. Para la época en la que escribió Marx ya se habían producido grandes cambios.

<sup>72</sup> Término que proviene de *papillon*, "mariposa", y que Fourier emplea para nombrar una de las tres "pasiones" principales que animan el comportamiento humano; la *papillonne* o "pasión mariposera" refiere al deseo constante de cambio y variedad. Nota del traductor.

<sup>67</sup> La distinción entre *trabajo muerto* o capital y *trabajo vivo* entró en la literatura marxista a través del **Manifiesto Comunista**, que tantas cosas tomó de la literatura vulgar contemporánea.

<sup>68</sup> Pecqueur, *op. cit.*, p. 512. De acuerdo a Drumont, el trabajo es una pena que todos deben sufrir de forma personal (**Libre parole**, 25 de septiembre de 1909).



para obtener el máximo provecho. El capitalismo industrial resuelve este problema todos los días, a tuestas y progresivamente. Al descubrir esta generación de las condiciones de la sociedad nueva, Marx hizo que todo utopismo se volviera inútil, y hasta algo ridículo.

De ahora en más el socialismo ya no se tendría que ocupar de los medios que podrían servir para que la sociedad evolucionara en un sentido progresivo. Marx protesta vivamente contra la pretensión de los lassallianos de exigir la institución de cooperativas subvencionadas por el Estado con vistas a preparar el camino para la solución de la cuestión social. En su "Crítica al Programa de Gotha", consideraba que esta actitud constituía una desviación del socialismo, que debía estar contenido en la lucha de clases. El socialismo sólo tiene que ocuparse de la organización revolucionaria de los *brazos*, mientras que el utopismo quería darles consejos a la *cabeza* de la industria.

c) Los utopistas estaban increíblemente preocupados por reparar la riqueza de manera razonable. En su época no sólo la aristocracia terrateniente y los usureros parecían tomar una parte desmesurada, sino que también el régimen de la pequeña industria conservaba situaciones de privilegio difíciles de defender para ciertas categorías de asalariados. Proudhon afirmaba, en 1846: "En Lyon existe una clase de personas que, gracias al monopolio del que la municipalidad les hace disfrutar, reciben un salario superior al de los profesores de las facultades y los jefes de gabinete de los ministerios: son los palanquines... No es extraño que un hombre gane 12, 15 y hasta 20 francos por día. Es asunto de pocas horas... Los palanquines de Lyon son hoy lo que fueron siempre: borrachos, depravados, brutales, insolentes, egoístas y cobardes."<sup>73</sup>

El capitalismo hace desaparecer la mayor parte de estas anomalías. Tiende a producir una cierta igualdad del trabajo entre las distintas partes de la fábrica, pero como requiere de un número considerable de personas particularmente activas, atentas o experimentadas, se las ingenia para darles suplementos salariales a quienes le proporcionen de ese modo un mejor servicio. No es por consideraciones de justicia que se regula por medio de ese cálculo, sino sólo por la búsqueda empírica de un *equilibrio regulado por los precios*. El capitalismo logra así resolver un problema que parecía insoluble, en la medida en que lo habían estudiado los utopistas. Resolvió la cuestión de la igualdad de los trabajadores, sin dejar de tener en cuenta las desigualdades naturales o adquiridas, que se traducen en desigualdades en el trabajo.<sup>74</sup>

Sabemos que Marx postuló la regla que afirma que "todas las clases que sucesivamente conquistaron el poder procuraron consolidar las posiciones adquiridas sometiendo a la sociedad ente-

ra a su régimen de adquisición"<sup>75</sup>, y emplea en varias ocasiones el mismo principio para saber qué es lo que ocurriría con el mundo luego de una revolución proletaria. Es así que proclama la desaparición de la familia burguesa, porque los proletarios no se encuentran en condiciones de poder practicar la unión sexual siguiendo ese modelo. "Los proletarios no tienen patria", por lo que la noción de patria debe desaparecer. En su carta de 1875 sobre el Programa de Gotha afirma que se aplicará para los salarios "el principio que regula actualmente el intercambio de mercancías, en la medida que se intercambian valores idénticos". Es, afirma, "un derecho burgués" que, siendo igualitario, produce desigualdades en cuanto a su contenido.

Jules Guesde estaba dentro de la tradición marxista cuando el 24 de junio de 1896, en la Cámara Legislativa, dijo que el problema del trabajo no podía ofrecer dificultades importantes en una sociedad colectivista. En efecto, a través de tanteos se llegaría a fijar la duración de trabajos lo suficientemente cortos para las profesiones menos requeridas, de forma tal de atraer a ellas la cantidad exacta de personas que se necesite. "El juego de la oferta y la demanda bastará para determinar sin arbitrariedades ni violencia esta distribución, que hasta hace poco nos parecía un problema sin solución".<sup>76</sup> Otros pensaron que en lugar de ofrecerles a los trabajadores el anzuelo de una mayor cantidad de tiempo libre, sería más práctico continuar ofreciéndoles el de un salario elevado;<sup>77</sup> esta solución parece implicar un atractivo más poderoso. Pero lo esencial aquí es sólo mostrar que el socialismo supone poder regular la distribución por un mecanismo tomado de la época capitalista.

En definitiva, el marxismo está mucho más cerca de la economía política que se conoce como manchesteriana que del utopismo. Este es un punto capital sobre el que hay que llamar la atención; he mostrado otras analogías muy profundas en los **Insegnamenti sociali della economia contemporanea**. Por otro lado, en varias ocasiones los apóstoles del *deber social* señalaron el gran peligro que supone el *manchesterianismo* para el orden: divide a la sociedad en dos clases, entre las que no se establece ningún lazo, las que en consecuencia terminan por verse como enemigas. Los utopistas, igual que los actuales apóstoles del *deber social*, no

<sup>73</sup> Proudhon, **Contradictions économiques**, t. I, pp. 131-132 [trad. castellana: **Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la Miseria**, Buenos Aires, Américalee, 1945]. Les reprochaba su indiferencia frente a la revuelta de los trabajadores de la seda: "Con tal que se mantengan sus privilegios, nunca se mezclarán con la política".

<sup>74</sup> En la "Crítica al programa de Gotha" se leen observaciones notables sobre esta igualdad de derecho y desigualdad de las condiciones.

<sup>75</sup> **Manifiesto Comunista**, p. 38. La Revolución fundó todo su derecho sobre las condiciones de existencia de los propietarios agrícolas que explotaban tierras que antaño les fueron concedidas feudalmente: se consideró que los descendientes de quienes antiguamente habían dado esas concesiones carecían de títulos, y el *domaine utile* de los plebeyos se convirtió en la propiedad plena del Código Napoleónico. P. Viollet estima que se puede afirmar que todas las tierras francesas se convirtieron en censales, dado que todos le pagamos al Estado derechos de transmisión del patrimonio que representan los antiguos derechos de *relief* [relevamiento] de *lods* [laudemos] y de *ventes* [ventas] (*Précis de l'histoire du droit français*, primera edición, p. 607). El derecho de los plebeyos se convirtió en el derecho general de los franceses.

<sup>76</sup> Jules Guesde, **Quatre ans de lutte de classe à la Chambre**, t. I, p. 96. Gabriel Deville escribió, en 1883: "No será por placer que se trabajará... se tendrá por guía única al interés, el interés que es el punto de partida de todos los actos del hombre y que domina todas las relaciones del individuo con el medio ambiente... No existirá para nadie ni obligación directa que surja de una legislación especial [de participar en trabajos peligrosos o repugnantes] ni obligación indirecta que resulte de la imposibilidad de lograr vivir haciendo otra cosa". (Gabriel Deville, **Le Capital**, París, 1ª edición, p. 35 [Buenos Aires, Claridad, 1946]). [N. del T.: la referencia a Deville fue agregada en la 2ª edición]

<sup>77</sup> Gabriel Deville acepta estas dos soluciones.

querían admitir la lucha de clases. Por lo tanto, mezclar al marxismo con las concepciones de los antiguos socialistas sería exponerse a cometer errores muy graves.

Vamos a examinar ahora lo que Bernstein denomina como blanquismo, y encontraremos divergencias no menores entre el blanquismo y el marxismo.

## V

### Lo que hay de esencial en las nociones revolucionarias de Marx: idea de clase Teoría antigua de la destrucción del Estado Los intelectuales — Analogía de la revolución blanquista y de la teoría hegelianas, diferencias de acuerdo a Bernstein Los mitos sociales

a) El blanquismo,<sup>78</sup> en el fondo, no es más que la revuelta de los pobres conducida por un estado-mayor revolucionario. Tal revuelta puede pertenecer a cualquier época, independientemente del régimen de producción. Marx, por el contrario, considera una revolución hecha por un proletariado de productores que adquirieron la capacidad económica, la inteligencia del trabajo y el sentido jurídico, bajo la influencia misma de las condiciones de producción. En el cuadro esquemático que se encuentra en el penúltimo capítulo del primer volumen de **El Capital** se dice que así fue como se disciplinó, unió y organizó a la clase de trabajadores. Creo que aquí Marx describe un proceso hacia la razón: de la *disciplina* se marcha a la *organización*, es decir, hacia una constitución jurídica. Sin cierta constitución jurídica ni siquiera se podría decir que exista una clase plenamente desarrollada.

Los pobres pueden dirigirse a los ricos para recordarles que deberían cumplir con ellos el deber social que la filantropía y la caridad cristiana imponen a las clases superiores. Pueden incluso sublevarse para imponer su voluntad y precipitarse sobre las cosas buenas que estaban colocadas fuera de su alcance. Pero en uno u otro caso no existe ninguna idea jurídica que la sociedad pueda adquirir. El futuro depende de la buena voluntad de los jefes que encabezarán el movimiento. Puede que conduzcan a los hombres hacia una de esas sociedades apacibles, a las que Renan no consideraba aptas para sostener la carga de una alta cultura política y nacional;<sup>79</sup> o bien a una sociedad análoga a la de la Edad Media, en la cual "la voz tonante de los profetas, interpretada por San Jerónimo, espanta a los ricos y poderosos, y en beneficio de los provechosos pobres, reales o supuestos, impide todo desarrollo industrial, científico y mundano";<sup>80</sup> o bien, finalmente, a una *jaquerie*, como temían los utopistas.

<sup>78</sup> Hago notar, una vez más, que aquí no se trata tanto de las ideas de Blanqui sino de la tradición jacobina a la que Bernstein definió con el término "blanquismo".

<sup>79</sup> Renan, *Histoire du peuple d'Israël*, t. III, p. 279. Da como ejemplo a los pueblos budistas.

<sup>80</sup> Renan, *op. cit.*, t. II, p. 540.

Ninguna de estas hipótesis hubiera sido adecuada para Marx. Nunca le simpatizó la moral del renunciamiento budista: veía al futuro bajo la forma de un prodigioso desarrollo industrial. En cuanto a la *jaquerie*, no olvidemos el horror con el que habla de los revolucionarios rusos que querían tomar como modelo al cosaco Razin, jefe de una insurrección contra el zar Alexis, padre de Pedro el Grande.<sup>81</sup> La sociedad nueva se tiene que constituir sobre el progreso tecnológico, la ciencia y el derecho.

En la época en la que escribió Marx no tenía frente a sus ojos la suficiente cantidad de experiencias obreras como para hacerse una noción perfectamente clara de los medios que podrían permitirle al proletariado alcanzar el grado de madurez que consideraba necesario para realizar su revolución emancipadora. Generalmente se limitó a dar fórmulas sumarias y simbólicas, casi siempre felices, pero cuando quería pasar a la práctica corriente, como hombre de acción, su inspiración fue mucho menor. No hay que olvidar que sólo actuamos bajo la acción de *recuerdos que están mucho más presentes en nuestra alma que los hechos actuales*. Por lo tanto, Marx debía mostrarse mucho más retardatario como hombre práctico que como filósofo: como casi todos sus contemporáneos, sufría la influencia de los modelos que dejó la Revolución, aun cuando su doctrina económica debería haberlo conducido a reconocer la extrema diferencia que existía entre ambas épocas.

Es por eso que nos equivocáramos mucho si buscamos la verdadera inteligencia del marxismo en los consejos que Marx y Engels les dieron a sus contemporáneos: "Pasaron de largo impasiblemente al lado de los errores más groseros del blanquismo", dijo Bernstein.<sup>82</sup> Es cierto, aunque probablemente esto no se deba tanto a la dialéctica hegeliana como supone el autor.

El marxismo difiere particularmente del blanquismo en que descarta la *noción de partido*, que era central en la concepción de los revolucionarios clásicos, para volver a la *noción de clase*.<sup>83</sup> Pero ya no tenemos la noción vaga y vulgar de clase del sociólogo, entendida como un amontonamiento de personas de la misma condición; tenemos una sociedad de productores, que adquirieron las ideas que corresponden a su estado, y que consideran que tienen una unidad completamente análoga a la de las unidades nacionales. Ya no se trata de conducir al pueblo, sino de llevar a los productores a pensar por sí mismos, sin apoyarse en una tradición burguesa.

b) En todos los países y en todos los tiempos, el partido tiene como objeto conquistar el Estado y utilizarlo en provecho de los intereses del partido y de sus aliados. Por el contrario, hasta estos últimos años los marxistas decían que querían suprimir el Estado; esta doctrina se presentaba con un lujo de detalles, y a veces incluso de paradojas, que no dejaban ninguna duda acerca de su sentido. Naturalmente, las cosas cambiaron de aspecto cuando

<sup>81</sup> **L'Alliance de la démocratie socialiste et l'Association internationale des travailleurs**, pp. 62-63 y p. 104.

<sup>82</sup> Bernstein, *op. cit.*, p. 63.

<sup>83</sup> Los utopistas se ocupaban mucho de las clases, pero todavía no entendían este término en el sentido moderno.



Los éxitos electorales llevaron a los jefes socialistas a ver que la posesión del poder ofrece grandes ventajas, aun cuando esta posesión fuera mínima, como la que se puede obtener por la conquista de municipalidades. Es el espíritu de Estado el que recuperó su lugar en el marxismo, debido a una razón puramente material: la organización de los obreros socialistas como partido político.

En el **Estudio sobre el socialismo científico**, escrito en 1883 por Gabriel Deville y editado como prefacio de su análisis de **El Capital**, se lee: "Contrariamente a lo que afirma cierto burgués que ha entrado en el socialismo como el gusano en la fruta, para satisfacer sus apetitos malsanos desorganizándolo,<sup>84</sup> el Estado no es el conjunto de los servicios públicos ya constituidos, es decir, algo que no necesita más que de correcciones aquí y allá. No se trata de perfeccionar el Estado, sino de suprimirlo... Para destruir algo, no es un buen sistema comenzar por fortificarlo. Y favorecer la acumulación del Estado de los medios de producción, es decir, de dominación, sería aumentar su capacidad de resistencia".<sup>85</sup> Podríamos citar muchas otras opiniones emitidas en la misma época sobre el peligro que corre el socialismo por la extensión de los servicios públicos.

Creo que si Engels escribió su libro sobre **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**, es porque tenía la idea de mostrar a través de la historia que la existencia del Estado no es tan necesaria como piensan muchas personas. Se leen allí, por ejemplo, estas conclusiones: "Al llegar a cierta fase del desarrollo económico, que estaba ligada necesariamente a la división de la sociedad en clases, esta división hizo del Estado una necesidad. Ahora nos aproximamos con rapidez a una fase de desarrollo de la producción en que la existencia de estas clases no sólo deja de ser una necesidad, sino que se convierte positivamente en un obstáculo para la producción. Las clases desaparecerán de un modo tan inevitable como surgieron en su día. *Con la desaparición de las clases desaparecerá inevitablemente el Estado.* La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado allí a donde desde entonces estará su sitio: el museo de antigüedades".<sup>86</sup>

Para comprender bien la transformación que se ha operado en el pensamiento socialista, debemos examinar cuál es la composición del Estado moderno. Es un cuerpo de intelectuales investido de privilegios, que posee medios llamados políticos para defenderse contra los ataques que le proponen otros grupos de intelectuales, ávidos de poseer los beneficios de los empleos

públicos. Los partidos se constituyen para conquistar estos empleos, y son análogos al Estado. Podríamos por lo tanto precisar la fórmula que Marx postuló en el **Manifiesto Comunista**: "Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías".<sup>87</sup> diríamos que todas nuestras crisis políticas consisten en el desplazamiento de intelectuales por otros intelectuales. Por eso, siempre tienen como resultado mantener el Estado, y a veces incluso reforzarlo, aumentando el número de los co-interesados en su suerte.

Marx oponía la revolución proletaria a todas aquellas que han quedado en la historia. Consideraba que esta revolución futura estaba destinada a hacer desaparecer a "toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial".<sup>88</sup> Tal fenómeno implicaría la desaparición de los de las fortalezas de los intelectuales, que son el Estado y los partidos políticos. En la concepción marxista, la revolución es realizada por los productores, quienes, habituados al régimen de taller de la gran industria, reducen a los intelectuales a no ser más que empleados de oficina, cumpliendo la menor cantidad de tareas posible. En efecto, todos saben que mientras más débil sea su personal administrativo mejor conducido se considera un negocio.

Pueden encontrarse muchos testimonios relativos a las opiniones de Marx sobre los intelectuales revolucionarios en la circular de la Internacional del 21 de julio de 1873. Importa muy poco si los hechos por los que se acusa a los amigos de Bakunin son rigurosamente exactos; todo lo que importa es la apreciación que hace Marx de esos hechos. Lo que se reprobaba con la mayor energía es todo el blanquismo, con sus estados-mayores burgueses.

Marx le reprocha a su adversario haber formado una asociación política tan autoritaria que se podría creer que está inspirada por un espíritu bonapartista.<sup>89</sup> "Hemos reconstituido así todos los elementos del Estado autoritario, y con más fuerza que antes. Importa poco si a esa maquinaria le damos el nombre de *Comuna revolucionaria organizada de abajo hacia arriba*. Además, Bakunin califica a su organización de Estado revolucionario nuevo".<sup>90</sup> Encabezando esta asociación estaban los principales destinatarios de la cólera de Marx, sus iniciadores burgueses: "Decir que los cien hermanos internacionales deben servir de intermediarios entre la idea revolucionaria y los instintos populares es cavar un abismo infranqueable entre la idea revolucionaria aliancista y las masas proletarias; es proclamar la imposibilidad de reclutar cien guardias fuera de las clases privilegiadas". De este modo, habría un estado-mayor de burgueses revolucionarios, que trabaja sobre las ideas y le dicen al pueblo lo que debe pensar, y un ejército popular que queda como *carne de cañón*, de acuerdo a la expresión de Marx.<sup>91</sup>

Es sobre todo contra los "aliancistas" italianos que encontramos

<sup>84</sup> Se trata de Paul Brousse, antiguo amigo de Bakunin, que se había convertido en el jefe del partido de las reformas; de ahí provenía el nombre de *possibilistas* que se les daba a sus amigos. Seguía la política que debía convertirse en la del partido socialista actual: intentar emplear la potencia de la administración para mejorar la situación de ciertos grupos de trabajadores, y pronunciar en la ocasión discursos revolucionarios. Una crítica muy violenta de esta política encabeza la primera edición del **Programa del Partido Obrero Francés**, publicada en 1883; esta introducción desapareció de las ediciones actuales.

<sup>85</sup> Gabriel Deville, *op. cit.*, pp. 16-17.

<sup>86</sup> Engels, **Orígenes de la sociedad**, trad. francesa, p. 281 [**El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**, Moscú, Progreso, 1981].

<sup>87</sup> **Manifiesto Comunista**, p. 39.

<sup>88</sup> *Op. cit.*

<sup>89</sup> **L'Alliance de la démocratie**, p. 11.

<sup>90</sup> **L'Alliance de la démocratie**, p. 14.

<sup>91</sup> **L'Alliance de la démocratie**, p. 15.

los reproches más violentos. Como Bakunin, en una carta del 5 de abril de 1872, se había congratulado de que en Italia existía "una juventud ardiente, enérgica, completamente desplazada,<sup>92</sup> sin carrera y sin salida [que se arrojaba] perdiendo la cabeza hacia el socialismo revolucionario", Marx señalaba al respecto lo siguiente: "Todas las supuestas secciones de la Internacional italiana están dirigidas por abogados sin causas, médicos sin enfermos ni ciencia, estudiantes de billar, viajeros y otros empleados de comercio, y sobre todo periodistas de la pequeña prensa... Apropiándose de todos los cargos oficiales de las secciones, la Alianza logró forzar a los obreros italianos a que, para entrar en comunicación entre ellos y con los otros consejos de la Internacional, tuvieran que pasar por las manos de los aliancistas desclasados que encontrarán en la Internacional una carrera y una salida".<sup>93</sup>

Es difícil mostrar un desagrado mayor por la invasión de organizaciones proletarias por parte de intelectuales que traen los hábitos de las *máquinas políticas*. Marx percibe muy claramente que tal forma de proceder no puede llevar a la emancipación del mundo de los productores. ¿Cómo podrían éstos poseer la capacidad necesaria para dirigir la industria, si se los obliga a colocarse bajo la tutela de los políticos para organizarse? Este es un absurdo que a Marx no podía dejar de parecerle indignante.

c) Probablemente Bernstein no se equivocaba cuando estimaba que Marx fue llevado a mostrar simpatías por el blanquismo debido a la similitud que creía percibir entre la revolución blanquista y el cambio brusco que la dialéctica hegeliana le había hecho concebir en la historia próxima.<sup>94</sup> Pero Bernstein se equivoca cuando supone que existe una analogía fundamental entre las ideas blanquistas y las concepciones que Marx deduce del hegelianismo; sólo hay una analogía accidental respecto al aspecto que tomaron los acontecimientos de 1848. Para esa época se plagiaba tanto como se pudiera a la Revolución, y más adelante Marx habría de tratar como farsa a esta imitación de los hombres del '93. Los blanquistas, pobremente provistos de ideas, no veían ninguna dificultad en proceder como en los años del Terror: medidas dictatoriales a favor de los pobres, proscripciones y transformaciones tan rápidas que toda contraofensiva de los adversarios exigía una contrarrevolución que tendría que ser muy peligrosa para la seguridad de los nuevos intereses; después de la Revolución Francesa, los temores de ese peligro, constituirían una garantía muy fuerte a favor de los resultados obtenidos. El blanquismo sabía que no tenía demasiada influencia en el país; debía tener un programa de revolución concentrada, y quería dar el salto hacia una época nueva con la misma audacia con la que se hace suceder a dos contrarios en la dialéctica de la escuela hegeliana.

El blanquismo no estaba necesariamente apegado a la idea de una revolución absoluta; como todos los partidos, tuvo que tomar una actitud variable, de acuerdo a sus intereses políticos. Desde

el momento en que estuvo seguro de que en Francia el apoyo de un diputado socialista era de utilidad,<sup>95</sup> el partido revolucionario no despreció los medios de influencia que podía obtener de sus relaciones con el gobierno.

La dialéctica hegeliana había llevado a Marx a adoptar una forma de concebir la revolución que hace imposible esta evolución que sufrió el blanquismo, como la debe sufrir todo partido político. Bernstein es muy crítico de esta dialéctica hegeliana, debido a que concentra a la revolución en un solo acto, lo que le parece poco compatible con las necesidades de la vida política en nuestros países modernos. De haber ido hasta el fondo de la cuestión, hubiera reconocido algo todavía más importante: que su maestro describió siempre a la revolución bajo una forma mítica, y que, en consecuencia, el acuerdo entre el marxismo y el blanquismo sólo era aparente. El primero habla de una conmoción ideal, que expresa en imágenes, mientras que el segundo habla de un cambio que supone dirigir en razón de las circunstancias que se presentan.

El penúltimo capítulo del primer volumen del **Capital** no puede dejar ninguna duda sobre el teoría de Marx; presenta a la tendencia general del capitalismo por medio de fórmulas que muchas veces serían muy discutibles, si se las aplicara al pie de la letra a los fenómenos de su época, y todavía con más razón a los actuales. Podría decirse, y se ha dicho, que las esperanzas revolucionarias del marxismo eran vanas, puesto que los trazos de ese cuadro perdieron su realidad. Se ha vertido una infinita cantidad de tinta a propósito de esta catástrofe final que debía estallar luego de una revuelta de los trabajadores. No hay que tomar este texto al pie de la letra; estamos en presencia de lo que he denominado una *mito social*. Tenemos un esbozo muy colorido, que da una idea muy clara del cambio, pero del cual ningún detalle podría discutirse como un hecho histórico previsible.<sup>96</sup>

Al buscar de qué forma los espíritus se han preparado para las revoluciones, es sencillo reconocer que siempre recurrieron a mitos sociales, cuyas fórmulas variaron de acuerdo a la época. Nuestro tiempo exige una literatura más sobria que la que se utilizaba en el pasado, y Marx tuvo el mérito de desembarazar a su mito revolucionario de todas las fantasmagorías que tantas veces han hecho buscar una tierra de Jauja.

El mito no se presta a una descomposición del cambio en capas sucesivas, de las que fuera posible hacer una serie y que, desplegadas a lo largo de un extendido espacio de tiempo, pudieran ser vistas como formando una evolución. Esta transformación es

<sup>92</sup> Evidentemente, debe entenderse por esto: desclasada.

<sup>93</sup> *L'Alliance de la démocratie*, pp. 48-49.

<sup>94</sup> Bernstein, *op. cit.*, p. 49. Bernstein creía que 48 horas bastarían para cambiar la orientación de una sociedad.

<sup>95</sup> Todos los periódicos han citado a menudo ejemplos en este sentido.

<sup>96</sup> Señalé esta explicación en 1900, en el Prefacio a la edición francesa del *Socialismo* de Colajanni, p. XII; la retomé al final de la *Introduction à l'économie moderne*, y usé en gran medida los mitos sociales en las **Reflexiones sobre la violencia**. Se me objetó que Marx no parece haber sospechado nunca que empleaba imágenes míticas; esto es porque era muy apasionado y porque, en muchas ocasiones, la pasión le impidió reconocer realidades muy claras. Por otro lado, los hombres de acción perderían toda fuerza de iniciativa si razonaran con el rigor de un historiador crítico. [N. del T.: en la 1ª edición la nota sólo consistía en una referencia a la *Introduction...*; el resto fue agregado en la 2ª.]



necesaria en toda acción llevada adelante por un partido político, y se ha operado cada vez que los socialistas han entrado a los parlamentos. Es imposible con el mito, que presenta a la revolución en bloque, como una totalidad indivisible.<sup>97</sup>

## VI

### Renacimiento de la idea revolucionaria: papel de Ferdinand Pelloutier

Reacción del sindicalismo sobre los marxistas

Depuración del marxismo — Huelga general

La democracia y el *tradeunionismo* protegido

Imposibilidad de prever el futuro — Los renacimientos

El análisis anterior nos lleva a reconocer que el marxismo no se podría transformar como lo pensaba Bernstein: no se lo podría conciliar con un proyecto de organización industrial y política, ni tampoco con una doctrina sobre la justicia que permita juzgar a los jefes de talleres y de Estados. Está encerrado por entero en la preparación del proletariado revolucionario, por lo que no es apto para razonar sobre los que mandan en la sociedad, de quienes los utopistas no dejan de ocuparse. Se debería decir del marxismo que es una *filosofía de los brazos* y no una *filosofía de las cabezas*,<sup>98</sup> ya que sólo tiene una cosa en mente: llevar a la clase obrera a comprender que todo su futuro depende de la noción de lucha de clases; comprometerla en un camino en el que, organizándose para la lucha, pueda encontrar los medios para prescindir de sus patrones; persuadirla de que no debe tomar ningún ejemplo de la burguesía. Por otro lado, no se podría confundir al marxismo con los partidos políticos, por más revolucionarios que sean, porque éstos están obligados a funcionar como los partidos burgueses, modificando su actitud de acuerdo a las necesidades que imponen las circunstancias electorales, y llegando a acuerdos por necesidad con otros grupos que tienen clientelas electorales análogas, mientras que el marxismo sigue invariablemente ligado a la consideración de una revolución absoluta.

Hace algunos años se podría haber pensado que los tiempos del marxismo ya habían pasado, y que como muchas otras doctrinas filosóficas iba a tener que ocupar su lugar en la necrópolis de los dioses muertos; únicamente un accidente histórico podría devolverle la vida. Para eso, haría falta que el proletariado se organizara con intenciones netamente revolucionarias, es decir, manteniéndose completamente por fuera de la burguesía.

Distintas circunstancias llevaron a ciertas personas, que habían visto de cerca las formas de actuar de los políticos, a intentar llevar a cabo un esfuerzo en ese sentido. Es extremadamente notable que no conocieran al marxismo más que de una forma muy superficial: sin duda, habían leído los folletos y periódicos gues-

distas, en los cuales no habían encontrado nada que pudiera darles alguna satisfacción. Las fórmulas en las que se resumía al marxismo en Francia les parecían inútiles, falsas, o susceptibles de enredar las ideas.

Uno de los propagandistas del sindicalismo revolucionario y anti-político fue Fernand Pelloutier, sobre cuyo mérito no se podría insistir demasiado. En otro lugar escribí: "Llevado a la flor de la edad por una atroz enfermedad, muerto en condiciones cercanas a la miseria",<sup>99</sup> Pelloutier no pudo dar en sus escritos más que una idea muy pobre de lo que hubiera podido producir. Pero cuando llegue la hora de la justicia histórica, se le rendirá homenaje a las tareas tan importantes que comenzó, y este gran socialista será ilustre, mientras que se habrá olvidado desde mucho tiempo atrás a los que ocupan los primeros lugares en nuestros parlamentos, y que representan el socialismo a ojos de los maravillados burgueses.<sup>100</sup>

Pelloutier tenía un sentido muy claro de la necesidad de fundar al socialismo actual sobre una separación absoluta de las clases, y sobre el abandono de cualquier esperanza de una renovación política. Veía en las Bolsas de Trabajo la organización más completa de las tendencias revolucionarias del proletariado; en 1900 invitaba a todos los que no quisieran alistarse en el "partido" a "proseguir más metódicamente y más obstinadamente que nunca la obra de educación moral, administrativa y técnica necesaria para hacer viable una sociedad de hombres libres". En el mismo folleto decía que es necesario "probarle experimentalmente a la multitud obrera, en el seno de sus propias instituciones, que es posible un gobierno [propio y por sí misma], así como armarlo contra las sugerencias irritantes del capitalismo".<sup>101</sup>

Al seguir de cerca esta organización del sindicalismo revolucionario y adversario de los políticos, ciertas personas que habían reflexionado largamente sobre el marxismo se dieron cuenta de que el nuevo movimiento ofrecía singulares analogías con la doctrina de su maestro. Constataron también que los jefes de los partidos socialistas sólo podían decir sobre estos temas cosas de una pobreza desesperante. Hasta entonces se había reivindicado para el marxismo la comprensión de la preparación revolucionaria del proletariado,<sup>102</sup> y se veía que los doctores del marxismo estaban desorientados frente a una organización concebida de acuerdo al principio de la lucha de clases, entendida de manera estricta. Para salir del atolladero, estos doctores denunciaron indignados una contraofensiva del anarquismo, dado que muchos anarquistas, por consejo de Pelloutier, habían entrado en los sin-

<sup>97</sup> Cfr. la "Carta a Daniel Halévy", que forma el Prefacio de las **Reflexiones sobre la violencia**.

<sup>98</sup> Llamé la atención sobre este punto en los *Insegnamenti sociali*.

<sup>99</sup> Georges Sorel, *Insegnamenti sociali*, pp. 53-54.

<sup>100</sup> Pelloutier definió de este modo el papel de los militantes, tal y como él lo practicaba: "Puros de toda ambición, pródigos con nuestras fuerzas, dispuestos a comprometer a nuestras personas en todos los cambios de batalla, y luego de haber vapuleado a la policía y mofarnos del ejército, a retomar impasibles las pesadas tareas sindicales, oscuras pero fecundas" (Fernand Pelloutier, *Le Congrès général du Parti socialiste français*, p. VII).

<sup>101</sup> Fernand Pelloutier, *op. cit.*, p. VIII.

<sup>102</sup> Antonio Labriola, *Essais sur la conception matérialiste de l'histoire*, trad. franc., 1ª edición, pp. 40-41 [**La concepción materialista de la historia**, La Habana, Ciencias Sociales, 1970].



dicatos y en las Bolsas de Trabajo. Pero las palabras importan poco al que quiere ir hasta el fondo de las cosas; el culto de las etiquetas es bueno para los parlamentarios.

La *nueva escuela* sólo pudo adquirir lentamente una idea de su independencia en relación con los antiguos partidos socialistas. No pretendía formar un partido nuevo, que viniera a disputarles a los demás su clientela obrera; su ambición era muy distinta, era comprender la naturaleza del movimiento que para todos parecía ininteligible. Procedió de forma completamente distinta a lo que hiciera Bernstein: fue rechazando de a poco todas las fórmulas que provenían tanto del utopismo como del blanquismo, purgando así al marxismo tradicional de todo lo que no era específicamente marxista, y buscando conservar sólo lo que de acuerdo a ella era el núcleo de la doctrina, lo que le aseguraba la gloria a Marx.

Los autores que habían criticado a Marx le habían reprochado haber hablado en un lenguaje lleno de imágenes, que no les parecía conveniente para una investigación que pretendiera ser científica. Por el contrario, son las partes simbólicas, que antaño se consideraban de dudoso valor, las que representan el valor definitivo de la obra.<sup>103</sup>

Se descubre así que la catástrofe —la gran piedra del escándalo para los socialistas que querían que el marxismo fuera acorde a la práctica de los políticos de la democracia— se corresponde perfectamente con la huelga general, que para los sindicalistas revolucionarios representa el advenimiento del mundo futuro. No se puede acusar a éstos de haber sido engañados por la dialéctica hegeliana, y tampoco son imitadores del blanquismo, dado que rechazan la dirección de los políticos, incluso de los más avanzados. Así, por la observación de los hechos que se manifiestan en el proletariado, llegamos a comprender el valor de las imágenes que emplea Marx, y éstas a su vez nos permiten apreciar mejor el alcance del movimiento obrero.

Del mismo modo, la noción de lucha de clases había permanecido como algo bastante vago mientras no se tuvo frente a los ojos a organizaciones obreras concebidas como lo hacía Pelloutier, como organizaciones de productores que conducen sus asuntos por sí mismos, sin tener necesidad de recurrir a las luces que poseen los representantes de las ideologías burguesas. En el folleto ya citado, Pelloutier exponía la situación de sus amigos del siguiente modo: “Proscritos del Partido, debido a que, sin ser menos revolucionarios que Vaillant y Guesde, y tan resueltamente partidarios de la supresión de la propiedad individual, somos además lo que ellos no son, rebeldes a toda hora, hombres verdaderamente sin dios, sin patrón y sin patria, enemigos irreconciliables de todo despotismo, moral o material, individual o colectivo, es decir,

de las leyes y las dictaduras (incluidas la del proletariado) y amantes apasionados de la cultura de sí”.<sup>104</sup> Hombres animados con sentimientos de este tipo no pueden más que poner en práctica la doctrina de la lucha de clases, bajo una forma rigurosa.

Los esfuerzos que el gobierno francés realizó después del *affaire Dreyfus* para granjearse la buena voluntad de las personas más destacadas del mundo obrero contribuyeron en mucho para dejar en claro la naturaleza de las relaciones que existen entre el socialismo y la democracia. Dado que hoy en día la evolución está de moda, era imposible que no se considerara a la democracia como una etapa entre la sociedad aristocrática del Antiguo Régimen y el socialismo: nobles, burgueses, pequeños burgueses, obreros; la escala descendiente de las fortunas correspondería a un movimiento hacia el gobierno de los más pobres. Marx creía que el régimen democrático tiene como ventaja que la noción de lucha de clases se hace mucho más fácil de entender, dado que la atención de los obreros ya no se veía atraída por las luchas contra la realeza o la aristocracia. Por el contrario, la experiencia nos enseña que la democracia puede trabajar eficazmente para impedir el progreso del socialismo, orientando al pensamiento obrero hacia un *tradeunionismo* protegido por el gobierno. Este peligro de la democracia aparece con gran claridad desde que tenemos frente a los ojos dos formas opuestas de organización sindical.

Así, nos vemos llevados a observar con desconfianza las revoluciones políticas, que no son posibles sin que el partido que triunfa tenga detrás de sí a las masas obreras organizadas. Una campaña en común contra el poder permite anudar relaciones que pueden preparar una evolución del sindicalismo hacia el *tradeunionismo* protegido. Los católicos realizan los mayores esfuerzos para agrupar trabajadores en sindicatos a los que les prometen el oro y el moro, con la esperanza de atemorizar a los políticos radicales y salvar a la Iglesia. El *affaire Dreyfus* puede muy bien compararse con una revolución política: hubiera resultado en una deformación completa del socialismo, de no ser porque la entrada de muchos anarquistas en los sindicatos hizo que para esa época éstos se orientaran hacia el sindicalismo revolucionario, reforzando la noción de lucha de clases.

No debemos esperar que el movimiento revolucionario pueda seguir nunca una dirección convenientemente determinada de antemano, ni que pueda ser conducido de acuerdo a un plan maestro, como la conquista de un país, o que se lo pueda estudiar científicamente desde otra época que no sea su presente.<sup>105</sup> Todo en él es imprevisible.<sup>106</sup>

<sup>103</sup> N. de. T.: en la edición original, el párrafo termina con estas frases: “Gracias a las enseñanzas de Bergson, hoy sabemos que el movimiento se expresa sobre todo por medio de imágenes, que las fórmulas míticas son las que encierran el pensamiento fundamental de un filósofo, y que la metafísica no podría utilizar el lenguaje apropiado para la ciencia. Por otro lado, la *nueva escuela* sólo pudo llegar a una inteligencia completa del sindicalismo revolucionario recurriendo a esas partes que por mucho tiempo se dejaron de lado.”

<sup>104</sup> Pelloutier, *op. cit.*, p. VII.

<sup>105</sup> Una de las mayores ilusiones de los utopistas ha sido creer que se puede deducir el plano del futuro cuando se conoce bien al presente. Contra tal ilusión, ver lo que dice Bergson en *L'Évolution créatrice*, en particular las pp. 17, 57, 369. Bergson compara nuestra personalidad con “una punta que se inserta en el futuro penetrándolo sin cesar” (p. 219 [*La evolución creadora*, en *Obras escogidas*, México, Aguilar, 1963, p. 612]); esta bella imagen muestra bien cómo la previsión es imposible para nuestra inteligencia.

<sup>106</sup> En la edición original, finalizaba de este modo: “Tampoco debemos subvertirnos contra los hechos que parecen alejar el día de la victoria, como tantas veces lo hicieron los antiguos teóricos del socialismo”. N. del T.



Debemos estar preparados para encontrarnos con muchas desviaciones que parecerán volver a poner todo en cuestión. Habrá momentos en los que se creará perdido todo lo que se había visto como adquirido definitivamente. En ciertos momentos incluso podrá parecer que el *tradeunionismo* será victorioso. Es justamente por este carácter del nuevo movimiento revolucionario que debemos evitar dar fórmulas que no sean fórmulas míticas: la desproporción que existiría entre el estado realizado y el estado esperado podría llevar al desaliento. La experiencia nos muestra que por esta vía muchos excelentes socialistas se vieron llevados a abandonar el partido.

Cuando nos sorprenda el desaliento, recordemos la historia de la Iglesia, una historia sorprendente, que desconcierta todos los razonamientos de los políticos, los eruditos y los filósofos, que a veces podría creerse que fue conducida por un genio irónico al que le gustara acumular absurdos, y en la que el desarrollo de las instituciones estuvo atravesado por mil accidentes. En muchas ocasiones las personas más reflexivas pudieron decir que su desaparición no era más que cuestión de algunos años, y sin embargo sus aparentes agonías fueron sucedidas por momentos de rejuvenecimiento.

Quienes hacen la apología del catolicismo se sintieron tan impactados por la incoherencia que presenta esta historia que pretendieron que no se la podría explicar sin hacer intervenir los designios misteriosos de la Providencia. Considero las cosas desde un aspecto más simple: veo que la Iglesia se ha salvado a pesar de las faltas de los jefes, gracias a las organizaciones espontáneas; en cada momento de rejuvenecimiento se constituyeron nuevos órdenes religiosos, que sostuvieron al edificio en ruinas, e incluso lo volvieron a levantar.<sup>107</sup> Ese papel de los monjes no deja de tener analogías con el de los sindicatos revolucionarios que salvan al socialismo: las desviaciones hacia el *tradeunionismo*, que son la amenaza siempre temible para el socialismo, hacen recordar esos relajamientos de las reglas monásticas que terminan por hacer desaparecer la separación que sus fundadores habían querido establecer entre sus disciplinas y el mundo.

La experiencia prodigiosa que nos ofrece la historia de la Iglesia es perfectamente conveniente para alentar a los que fundan grandes esperanzas en el sindicalismo revolucionario, y que aconsejan a los obreros que no busquen ninguna alianza sabiamente política con los partidos burgueses. Porque la Iglesia sacó más provecho de los esfuerzos que tendían a separarla del mundo, que de las alianzas que acordaron papas y príncipes.

[Traducción de Daniel Szabón a partir de :  
Georges Sorel, **La décomposition du marxisme**,  
París, Marcel Riviere, 1910, 2ª edición].

<sup>107</sup> En un pasaje citado a menudo, Maquiavelo dice que la religión hubiera desaparecido si San Francisco y Santo Domingo no la hubieran devuelto a sus principios en sus órdenes mendicantes (*Décades*, III, I [*Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Buenos Aires, Losada, 2004]). De acuerdo a una célebre leyenda, Inocencio III habría tenido una visión en la que San Francisco (otros dicen Santo Domingo) sostenía a la iglesia de Latran, amenazada por la ruina. [N. del T.: en la 1ª edición la nota sólo decía: "Es una concepción de la actividad de los primeros franciscanos que fue muy popular en la Edad Media].